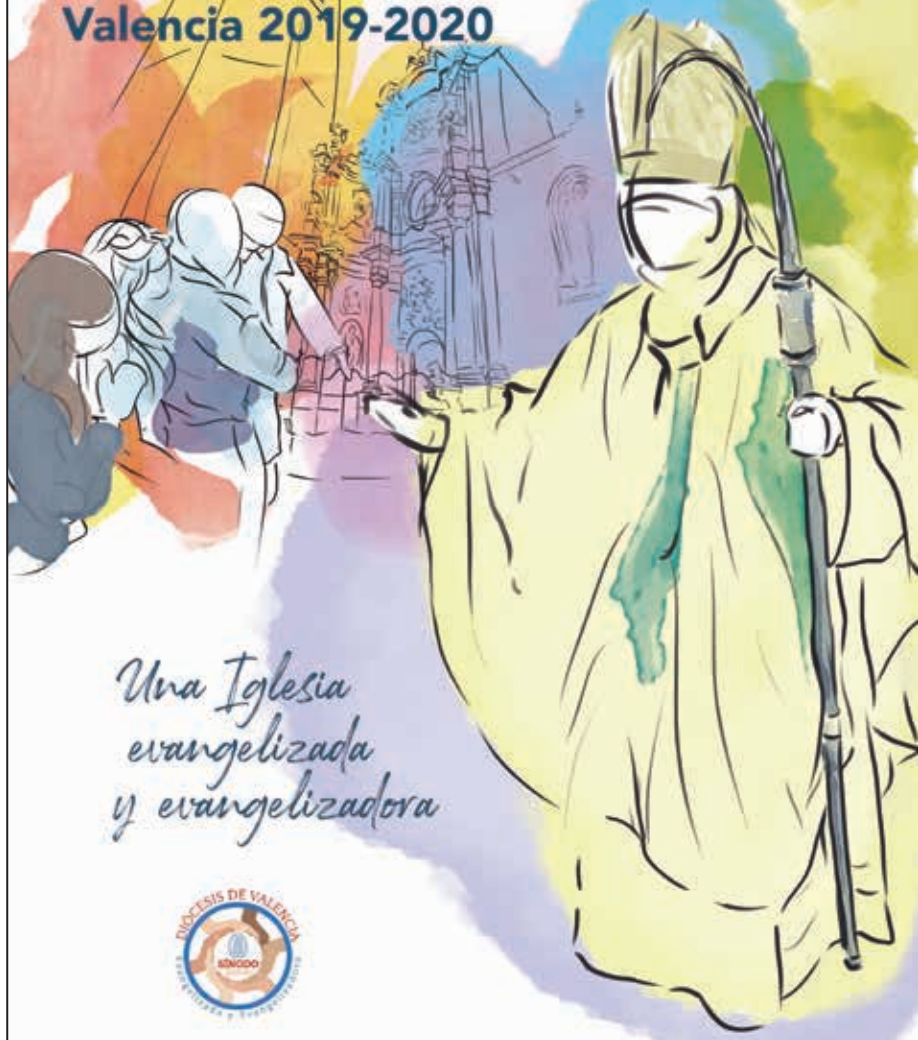


SÍNODO DIOCESANO

Valencia 2019-2020



*Una Iglesia
evangelizada
y evangelizadora*



**BOLETÍN OFICIAL
ARZOBISPADO DE VALENCIA**

BOLETÍN OFICIAL
ARZOBISPADO DE VALENCIA



ABRIL 2020 - Nº. 3448

ARZOBISPADO



SR. ARZOBISPO**HOMILÍAS****I****HOMILÍA DEL SR. ARZOBISPO****JUEVES SANTO IN COENA DOMINI****Santa Iglesia Catedral
Valencia, 4 de abril de 2020**

Queridos hermanos obispos, queridos hermanos sacerdotes, queridos hermanos y hermanas todos, en el Señor:

La sabiduría popular de nuestros antepasados hablaba de tres jueves en el año que relucían más que el sol. El primero era el Jueves Santo. Y es verdad. Porque lo que celebramos este día brilla lleno de esplendor y de gloria. Es el brillo de Dios, es el brillo de su amor. *“Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el extremo”*. En este día santo se conmemora la ofrenda total que Cristo hizo de sí mismo a la humanidad en el sacramento de la Eucaristía: Ahí está Dios, que se entrega por nosotros y para nosotros, Amor de los amores. En la misma noche en que fue entregado, como recuerda la Escritura, antes de iniciar su Pasión y anticipándola, nos dejó el nuevo mandamiento del amor fraterno, realizando el conmovedor y hondamente significativo lavatorio de los

pies, cometido propio del humilde servicio de los esclavos: lo hizo por nosotros. En este mismo día también Jesús instituye el sacerdocio, crea los sacerdotes, don de Dios, pastores humildes conforme al corazón amoroso y misericordioso de Dios, para que le hagan presente a Él que ha venido a servir y dar la vida por todos. Todo significa negarse a sí mismo, dar y darse, rebajarse, humillación, perder la vida: amar sin medida, porque no hay mayor amor que dar la vida por otros. Todo recuerda, todo evoca el anonadamiento del Hijo de Dios, que “siendo de condición divina, se despojó de sí mismo, y se empequeñeció, haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de Cruz” (Cf Flp 2), para cumplir la voluntad del Padre: que los hombres se salven, sean purificados y tengan vida eterna. La Eucaristía, la institución de los sacerdotes, el lavatorio de los pies, el mandamiento nuevo, la agonía del huerto o la pasión de aquella noche sólo caben en un amor que no tiene límite. Sólo pueden tener una explicación: Dios en su Hijo, que es Amor.

Esto es lo que podemos tener por más cierto, lo que nos abre a la esperanza grande, verdadera, firme en estos momentos difíciles: Dios ama a su criatura, el hombre; lo ama también en su caída y no lo abandona a sí mismo. Él ama hasta el fin. Lleva su amor hasta el final, hasta el extremo: baja de su gloria divina. Se despoja de las vestiduras de su gloria divina y se viste con ropa de esclavo. Baja hasta la extrema miseria de nuestra caída. Se arrodilla ante nosotros y desempeña el servicio de esclavo; lava nuestros pies sucios, para que podamos ser admitidos a la mesa de Dios, para hacernos dignos de sentarnos a su mesa, algo que por nosotros deberíamos, pero no podríamos hacer jamás.

Así es Jesucristo. Así resulta manifiesto lo que significa redención. El baño que nos lava es su amor dispuesto a afrontar la muerte. Sólo el amor tiene la fuerza purificadora que nos limpia de nuestra impureza y nos eleva a la altura de Dios. El baño o lavatorio

de los pies que nos purifica es Él mismo, que se entrega totalmente a nosotros <y por nosotros>, desde lo más profundo de su sufrimiento y su muerte. Su amor es inagotable, llega realmente hasta el extremo” (Benedicto XVI, In Coena Domini, 2006).

El mismo que, rebajándose a una faena de esclavo, lava los pies, purifica y dignifica, es también el único y supremo sacerdote que se ofrece en sacrificio expiatorio por nosotros en el altar de la pasión, el pan y el cuerpo que se entrega en la cruz y la sangre del Cordero sin mancha; derramada como rescate y alianza reconciliadora y liberadora: para que tengamos vida, vida eterna; la suya: la del amor, la del perdón, la de Dios mismo que es Amor y quiere que el hombre viva en una dignidad de hijo que es puro don de Dios. Ahí vemos a Dios, ahí se nos revela y se nos da: enteramente, sin reservas; ahí se nos concede el amor suyo inagotable, para que nos amemos unos a otros como Él nos ha amado, con su mismo amor, en comunión con Él.

Haciéndose último está diciendo a los discípulos, a nosotros, no busquéis los primeros puestos, sino los últimos puestos; los hombres luchan por el poder y por los bienes, les gustaría ejercer el poder y se empujan para tener posesiones. Jesús no actuaba ni era así: nació en un establo, vivió como un trabajador como los pobres de Israel, enseñó entre los publicanos, los pecadores, los despreciados, reunió en torno a sí a un grupo de pecadores, y murió fuera de la ciudad entre dos malhechores; pues el Dios real no es un dios tirano que ejerce la violencia, el Dios real es el amor que se dona, el que entra triunfante en la ciudad santa en una borrico, el que se humilla, su puesto, también en la última cena, no es el del señor, del poderoso; es el Señor arrodillado ante sus discípulos, sus criaturas, y les lava los pies, su esencia es descender, su ser es la humildad, pues que Él exista, el Hijo de Dios, como ser humano, es la consecuencia de que se haya quitado el manto de la magnificencia y se

haya ceñido con una tosca tela de la naturaleza humana; y ahora se arrodilla ante nosotros para con su amor y humillación hacernos aptos de sentarnos a su mesa para el banquete del cielo, del amor de Dios. Porque nos ha dado ejemplo para que lo que Él ha hecho con nosotros, también nosotros lo hagamos unos con otros. Y esto es más que una exhortación moral. Va más allá; es el fundamento del mismo ser de Cristo y del cristiano como el de la comunidad eclesial incorporado y en comunión con Cristo, llamada a servir y a dar su vida, dando vida por amor. Solo podemos encontrar la identificación con Cristo, si nosotros nos volvemos humildes, a Dios, de quien todo lo recibimos y a quien todo se lo debemos. Sin humildad no se puede creer, no se puede amar, ni tampoco tener esperanza. La humildad es la verdadera base, sin la cual no puede existir el ser cristiano. Todo lo hemos recibido, nada nos pertenece, todo es de Dios, todo es para darlo gratis. La gratuidad, el agradecimiento es inseparable de la humildad y del amor, ahí está la verdad, ahí no cabe el poder ni el dominio. También pertenece a la humildad el tomar partido por la verdad, no por las apariencias, no por la imagen que pública que se nos pueda asignar; la apariencia, la imagen, los medios dominan nuestra época: pero solo la verdad cuenta, y así nos hace libres, libres para amar y dejarlo todo, darse a los demás, humildad, por tanto, significa no preguntar por la opinión habitual, no temer al último puesto, sino volver a Dios, a la verdad por algo más real que la opinión dominante: cuánta libertad nos da la humildad; atrevámonos a aprender de nuevo la humildad; la humildad que, confesando los pecados, deja que el Señor lave los pies; la humildad que reconoce agradecida los dones de Dios en nosotros y en los otros, la humildad que no se dobliga a las apariencias y no vive en función de la opinión, la humildad que nos hace libres desde Dios; solo donde hay humildad se puede respirar, porque solo la persona humilde se da a sí misma, porque sólo ella puede creer y

puede amar, porque encuentra el valor para servir, también donde ninguna recompensa y ningún deber legal se lo exige.

Así es Jesús: como lo vemos en la cena de aquella noche que anticipaba su Pascua: el Buen Pastor se arrodilla y sufre por sus ovejas, la busca, la paga y la lava el Señor, el justo, por sus siervos; de esta humildad vivimos, para ella queremos vivir. Y esto se nos dio aquella noche de la cena, en la Eucaristía; la noche que nos dejó en su perenne memorial de la Eucaristía. Todo está ahí, en la Eucaristía. Ahí está todo el sentido de su vida y de su pasión: despojarse de su rango, por nosotros; inclinarse ante nuestros sucios pies, es decir, ante la inmundicia de nuestras sucias vidas y de nuestros errados caminos; lavarnos y purificarnos por su amor, que es Él mismo, todo Él que es amor y que ha venido no para condenar sino perdonar y liberar, para acondicionarnos como comensales y sentarnos a la mesa con Dios, que nos invita, y con los demás invitados, nuestros hermanos los hombres: lisiados y pobres de los caminos, maltrechos y necesitados por la dureza de la vida de reconstrucción interior, como cualquiera de nosotros. El no hace acepción de nadie, ni siquiera del que le iba a traicionar y entregar, o del que le negaría tres veces, ni de los que, cobardes y miedosos, huirían ante el fracaso aparente del Maestro; no hace acepción de nadie, pero dirá, tras haber aceptado Pedro ser lavado: *“no todos estáis limpios”*.

Porque, es cierto, “existe el misterio oscuro del rechazo, del pecado, que con la historia de Judas se hace presente y debe hacernos reflexionar precisamente en el Jueves Santo, el día en que Jesús nos hace el don de sí mismo. El amor del Señor no tiene límites, pero el hombre puede ponerle un límite. el rechazo del amor, el no querer ser amado, el no amar; el pecar (Benedicto XVI, *Ibid.*).

El mismo Jesús, en la sobremesa de esta Cena, poco antes de su

Pasión y de la dispersión de los discípulos, dirigirá al Padre aquellas palabras sobrecogedoras: *“Que todos sean uno como Tú, Padre, estás en mí y Yo en Ti; que todos sean uno para que el mundo crea que Tú me has enviado”*. Sólo será posible esta unidad si se vuelve a Él, si se entra en la esfera de su Amor, y si amamos con su mismo amor, es decir, como Él nos ha amado; sólo será posible superar la división originada por la envidia o la ostentación, por la búsqueda de poder o por encerrarse en los propios intereses, o ideologías, si tenemos los mismos sentimientos de Cristo Jesús, que se despojó de su rango, se rebajó y condescendió en un amor hasta el extremo en la obediencia al Padre que quiere a todos los hombres con Amor inenarrable. Con estos sentimientos de Cristo Jesús podemos vivir si participamos en la comunión con el Cuerpo de Cristo entregado por muchos o con su Sangre de reconciliación, si nos dejamos asimilar por Cristo en la comunión eucarística.

Hermanos: ¡Qué maravilla y qué grandeza lo presente en el lavatorio de los pies, cuerpo entregado, de Cristo que se da!; ¡qué maravilla y qué grandeza la que se nos hace con el sacerdocio ministerial por el que se “nos trae a Dios mismo”, recibimos su perdón y su gracia, tomamos parte de la vida de Dios y de su amor hecho Pan de vida!; ¡qué maravilla y qué grandeza lo que en el misterio eucarístico se nos ofrece y se nos da en verdad y realmente: la carne de Cristo, el Hijo de Dios, que se ofrece para la vida del mundo. Quien come esta carne vivirá para siempre, tiene en él la vida eterna; permanece en el Amor, el Amor está en él; da futuro porque tiene vida en él; participa del triunfo glorioso de nuestro Señor crucificado y resucitado sobre el pecado y la muerte. Que Dios nos conceda creer de verdad lo que acontece en el misterio de la Eucaristía; que nos ayude a comprender cada vez más profundamente este misterio maravilloso, a amarlo cada vez más, y, en él, amar más a Dios cada día, cada momento. Pidámosle que nos atraí-

ga cada vez más a Sí mismo con la Sagrada Comunión, y actuemos con Él y como Él. En la Eucaristía está todo.

Damos gracias a Dios, por tener aquí la reliquia este Cáliz santo, el Cáliz de la santa cena aquí en Valencia. Damos gracias a Dios. Está en él está así presente entre nosotros.

Hermanos, os invito a que contempléis y gocéis con el misterio eucarístico. Nada menos que en él se nos hace comensales de la misma mesa de Dios, somos sentados a su mesa y Él nos sirve: ¿puede haber mayor grandeza y dignidad, mayor elevación, para el hombre que ser invitado a sentarse con Dios y tomar el alimento que Él nos ofrece: la carne de su Hijo, es decir, todo su amor y su vida? ¿Cabe mayor apuesta en favor del hombre, o mayor don que el ser considerado familiar, amigo y compañero de mesa con Dios, anticipo, por lo demás de lo que será eternamente en el Reino de Dios, en el banquete de los cielos? ¿Hay algo que nos hacer vivir con mayor alegría y con mayor esperanza en esta vida?. Cada uno de los hombres es convocado aquí y llamado por su propio nombre en este gozo inmenso. Por muy frágil y desgraciado que uno sea es salvado y redimido por esta fuerte y tenaz misericordia de Dios. En La participación de esta mesa de la Eucaristía, donde se nos entrega el pan de la palabra y el de la vida y la bebida de salvación -alimento en el camino- cada uno puede verse dentro del proyecto de Dios; que tiene su puesto, su sitio, individual e inalienable, en la mesa y familia de Dios que es la Iglesia; que está encargado de cumplir su particular misión en la tierra. La Eucaristía nos ofrece así ¡como un anuncio siempre nuevo y siempre eficaz de recobrar y vivir el gozo y el coraje de vivir. Resulta sobrecogedor: eso decimos al acercarnos a la comunión: “¡Señor, no soy digno de que entres en mi casa!

Os invito también, hermanos, a que seamos muy conscientes de que, si no queremos ser reprobados, en esta mesa es preciso

participar adecuadamente, vestidos de la caridad de Cristo con una coherencia y cumplimiento cada día más grande. En la Eucaristía el hombre, vestido y transformado por la benevolencia de Dios, se convierte en coprincipio de la inagotable energía de amor, que irradia sobre el mundo el sacrificio de Jesús, hecho presente para nosotros en los signos del pan y del vino. Aquí encuentran su origen y su razón los prodigios de caridad que conllevan y enriquecen cada época del camino de la Iglesia. Ved cómo los grandes santos -Santa Teresa de Jesús, S. Juan de Rivera, la Madre Teresa de Calcuta, San Vicente de Paulo San Juan de Dios- es -en la Eucaristía donde encuentran la fuente de su caridad inagotable. Aquí comemos la carne de Cristo, entregada por nosotros en supremo y hontanar gesto de amor y caridad, que nos une a su misma caridad, a ese amor suyo con el que ama hasta el extremo a los hombres. Por la Eucaristía ¡podemos! amar con su mismo amor: El Cuerpo partido y entregado, y la Sangre derramada para la vida del mundo ejercen su perenne eficacia en la vida humana a través del crecimiento en nuestros corazones de esta caridad del mismo Cristo en su Eucaristía. Aquí está su fuerza y aquí la encuentra la raíz de ser del cristiano. Aquí encuentra el cristiano la fuerza que necesita para llenar el mundo de amor de Dios para llevar a cabo la verdadera y necesaria revolución, que hace nuevas todas las cosas, los cielos nuevos y la tierra nueva donde reina la justicia. Cuanto más Eucarística sea la Iglesia, cuanto más eucarísticos seamos y vivamos de este misterio los cristianos, mayor fuerza tendremos para transformar el mundo conforme al querer de Dios. Este es el camino y este es el futuro. Los que estamos aquí estamos obligados a poner en el centro la Eucaristía: a trabajar en nuestro sínodo, a fortalecer el domingo, a intensificar la oración ante el Sagrario. Este año la mayoría de vosotros lo hacéis desde vuestras casas, con la familia toda reunida: que no olvidéis las palabras que Jesús dirige a Santiago y Juan: “velad y orad con-

migo”, y a nosotros nos dice, estad y velad conmigo esta noche, que lo hagamos así.

Felicidades a todos, este día es para felicitarnos y para amarnos, con el amor que brota precisamente de la Eucaristía. Que así sea.

CARTAS

I

CARTA DEL SR. ARZOBISPO

«SEMANA SANTA DE LA PASIÓN Y DEL SILENCIO»

(1 de abril de 2020)

Nos disponemos a entrar en la Semana Santa, de la Pasión del Señor, del silencio, de un silencio impuesto por la alarma de la pandemia del coronavirus, pero que es el mismo silencio que Jesús guarda ahora padeciendo camino de la cruz, sin abrir la boca, o colgado de la Cruz desde donde dijo al Padre y a los hombres, sus hermanos, nos dijo y nos dice palabras tan desgarradoras como consoladoras: “Padre, ¿por qué me has abandonado? ¡Que pase de mí este cáliz, pero que se haga lo que tú quieres, no lo que yo quiera! ¡Perdónales porque no saben lo que hacen! ¡Hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso! ¡A tus manos Señor encomiendo mi espíritu!” Y expiró. Estamos a punto de celebrar una semana de cruz y sufrimiento, unidos a Jesús que sufre con nosotros y por nosotros, con su cruz a cuestas o colgado de ella, soportando ese vía-crucis de hoy recorrido, por todo el mundo, padeciendo junto a nosotros y con nosotros, porque no le es ajeno el dolor que estamos sufriendo por la pandemia, —“cargó con nuestras heridas y dolores”— y Él mismo lo asume. Hoy como ayer, asume el dolor de los hombres y

lo hace suyo.

¿Dónde está vuestro Dios?, nos preguntan quienes piensan que no actúa en estos momentos, y que nos ha dejado abandonados. Es muy posible que muchos de nosotros nos estemos haciendo la misma pregunta ¿dónde está nuestro Dios? ¿Por qué nos ha abandonado? Está ahí, con nosotros, que tanto estamos padeciendo en esta pasión, a la que tanto miedo tenemos, que tan desconcertados nos encontramos, compartiendo nuestro dolor, desconcierto y nuestra desgracia, sobre todo, en los afectados más directamente por esta enfermedad: los enfermos, ancianos –muchos de ellos abandonados, solos, sumidos en su propio dolor– los agonizantes, los que ya han muerto, los familiares, los amigos, angustiados sin poder acercarse a ellos, los médicos y las enfermeras sin poderles aportar la salud por la que luchan, ni darles la medicina y otros medios que necesitan y les devuelva a gozar de la vida

Y también vemos a nuestro Dios, que llora ante sus amigos los hombres, como ante Lázaro: lo tenemos en los que están ahí, tantos y tantos, junto a la cruz que es la suya, la de Dios hecho hombre por nosotros, dando la vida por ellos- médicos, enfermeros y enfermeras, administrativos de hospitales, personas de la limpieza, conductores de ambulancias, militares, fuerzas de seguridad, transportistas de cadáveres, personas que atienden los servicios agroalimentarios, empresarios, sacerdotes, religiosos, religiosas, etc., etc., *como su Madre y nuestra Madre que en esa cruz nos es dada como salud y consuelo de los afligidos, auxilio de los desamparados*; Él está ahí mismo en todos estos, cuidadores anónimos y silenciosos, sin rechistar, sirviendo, gozosos de ayudar, deshaciéndose por los demás, los más y los menos sufrientes sin buscar aplausos sino sólo ser lenitivo y consuelo, signo de amor, entrega y esperanza de sanación, en definitiva, amando hasta la extenuación sin contrapartida, ¿no lo vemos ahí junto a aquellos con los que se identifica Jesús dando todo

su amor, porque donde está el amor allí está Dios? Y, sobre todo y más allá de cualquier otra consideración que nos forjemos, vemos a Dios en su Hijo Jesucristo, azotado, vilipendiado, condenado a muerte y despreciado, traicionado, olvidado, colgado en la cruz, crucificado... por nosotros los hombres y por nuestra salvación; no está como espectador saciado, sino como Hijo implorando por todos salvación, perdón, amor: orando y amando hasta el extremo, rebajándose suplicando y obedeciendo humildemente y no reservándose nada, confiando enteramente y poniéndose en las manos del Padre, dándose por completo y enteramente. Oración, confianza, amor sin límites, perdón y concordia.

Ahí tenemos a nuestro Dios, y ahí está nuestra esperanza, ahí está la salvación. La esperanza brota de ahí, no de espectadores saciados que contemplan cabizbajos tanta muerte y dolor, pero nada más, sin mirar a Dios y sin orar. Muerte y dolor no sólo por estas muertes de ahora, que también, y primero. Dolor muy fuerte en estos momentos, pero también por las muertes injustas de los atentados y del terrorismo, de otras enfermedades, de millones de hombres mayores y niños que mueren o están muriendo de hambre, de las condenas injustas, de los miles y miles de abortos y de las eutanasias legales, –de los que nos olvidamos y son parte también de ese largo Vía Crucis y de esa cruz tan grande que sufren millones de hermanos sin voz que salga en su defensa–... También todos estos silenciados los tenemos presentes en esta Semana Santa del Silencio.

Y mi pregunta ahora se cambia y ya no digo solo ¿dónde está nuestro Dios y por qué nos ha abandonado?, sino, ¿por qué habéis abandonado a Dios?, ¿por qué lo habéis dejado? Ya no es ¿por qué me has abandonado?, sino, ¡Dios mío, ¿por qué te han abandonado? ¿No será por eso por lo que están habiendo tantas muertes, las reales o las que nos dicen? Es necesario y urgente arrepentirse,

pedir perdón, todos, –yo el primero– y volver a Dios, convertirse, desandar el camino que está llevando a la Humanidad y por los que se está llevando a la Humanidad, dejarse de tanta actitud de poder y autosuficiencia, de increencia y agnosticismo, ser humildes e invocar a Dios y se nos dará, y encontraremos entonces salvación y nos moveremos por sendas de alegría, de esperanza, que surgen del amor entre los hombres con aquel amor con el que Dios nos ama y hace todo por los demás, especialmente por los que sufren, a los que ama y junto a los que llora de verdad.

Esta es la manera de celebrar la Semana Santa, con el ayuno y penitencia que entraña el privarse de oficios litúrgicos y de desfiles procesionales de la religiosidad popular, y, sin embargo, con la oración en la soledad sencilla y verdadera llena de fe, en nuestras casas, acompañando a María. Con la contemplación de la cruz y siguiendo el vía crucis en esa misma soledad de nuestras casas, escuchando o leyendo, meditando la Palabra de Dios sobre todo de los relatos de la Pasión y amando, que es ayudando a quienes nos necesiten y podamos hacerlo, de miles formas. Sintiéndonos y estando al lado de los que sufren y pidiendo al Señor por ellos, por todos, además de pensar en las ayudas de comida u otras necesidades económicas que demanden, perdonando y promoviendo la concordia, y también siguiendo a través de TV los oficios litúrgicos que se transmitan, unidos a toda la Iglesia y orando por ella y con ella, que ora por todos. Será una Semana Santa que nunca hemos vivido, inolvidable. ¡Santa Semana!

† Antonio Cañizares Llovera
Arzobispo de Valencia

II

CARTA DEL SR. ARZOBISPO

«EN ESTA HORA CRUCIAL PARA ESPAÑA: ¡ORAD POR ESPAÑA!»

(2 de abril de 2020)

Estamos en los comienzos de un nuevo Año y nos encontramos en España con una situación crítica, de verdadera emergencia de cara a su futuro. Muchísimo va a depender de lo que suceda estos días. Lo que digo no es ni retórica ni dramatismo estéril. Es así y no hay que darle vuelta, hora crucial y de emergencia. La semana pasada hablaba con un señor muy importante de España, de gran sabiduría, lucidez y experiencia: ¿Qué podemos y debemos hacer los cristianos, la Iglesia, nuestra diócesis? ¿Qué necesita la Iglesia para y en este Año nuevo? ¿Qué cabe aconsejar a la Iglesia en los momentos que vivimos en este Año que acabamos de comenzar?. Estas preguntas le hacían a un señor muy importante de España y me respondía con toda sinceridad y sentido católico de la Vida. “Sencillamente, que sea Iglesia y que nos anuncie y testimonie a Jesucristo, en obras y palabras, que es lo que necesitamos los hombres para que nos convirtamos a ÉL, para construir un mundo nuevo con hombres y mujeres nuevos, con mentalidad nueva, una España nueva, que esto cambiará el mundo y nuestra España”. Es verdad lo que este señor muy importante me decía, esto es lo que necesitamos en este nuevo año. Es providencial que Dios haya querido que celebremos el Sínodo diocesano en Valencia para hacer, que Dios haga, de esta diócesis una diócesis evangelizada y evangelizadora.

Haríamos muy bien todos los cristianos valencianos ahondar, reavivar y fortalecer el conocimiento de Dios, Dios de misericordia, revelado en el rostro humano de Jesucristo, Hijo de Dios vivo. Harían muy bien los catequistas y profesores de Religión en adentrarse en este conocimiento vivo y profundizado, meditado e interiorizado, para avivar su experiencia de Dios y comunicarla en la catequesis o en la enseñanza religiosa. Haríamos muy bien los sacerdotes en interiorizar y afianzar este conocimiento a través del estudio sosegado, de la meditación y de la oración contemplativa, para predicar a Dios con palabras nuevas y vigorosas que brotan de la experiencia acrecida y renovada de Dios misericordioso.

Por mi parte, en medio del silencio de Dios que lacera nuestro mundo y nuestra cultura, mi ministerio en Valencia deseo - y así lo pido- que consista principalmente en hacer resonar públicamente, a tiempo y a destiempo y con todos los medios a mi alcance, la palabra sobre Dios, hablar de Dios, como el sólo y único necesario, y pedir que volvamos a Él, exhortar a que centremos toda nuestra vida en El, porque en El está la dicha y la salvación que anhelamos. Que Dios me dé fuerzas para no cesar ni cansarme en este anuncio, que me conceda sabiduría y experiencia suya para no hablar de Él con palabras gastadas, sino con palabras vivas y verdaderas, que brotan de la oración, del encuentro con El, del trato de amistad con El que sabemos nos ama. Necesito orar, necesitamos orar, para tratar con El y así conocerlo más, intimar con El, tener experiencia cada día y cada instante renovada de El y de su amor misericordioso.

Al comenzar este año 2020 invito a todos –sacerdotes, personas consagradas, fieles cristianos laicos- a escuchar en lo hondo del alma la llamada de Dios a conocerle mejor para amarle más y responderle con un gozoso “*sí, Padre*”. Si perdemos el gusto por Dios, si la misma palabra “*Dios*” significa poco para algunos, si la pregunta “*¿dónde está tu Dios?*”, que nos dirige una cultura des-

pojada de la fe y unos acontecimientos que nos llenan de incertidumbre, llega a inquietarnos demasiado ¿no será porque hablamos poco con Dios? ¿Buscas “*pruebas*” de Dios? Reza con perseverancia. ¿Buscas fortaleza para una vida esperanzada y justa? Ora en lo escondido al Padre. Quien se encuentra de verdad con el Dios vivo, se pone en seguida en sus manos por la oración, que surge desde el fondo del alma como un impulso incontenible.

Que el año de gracia que hemos comenzado y la coyuntura concreta que vivimos en España sea un año en el que los fieles cristianos de Valencia y de todas las partes, cualquiera que sea nuestro estado y lugar en la Iglesia, avivemos nuestra vida de oración, para que se renueve y fortalezca nuestra experiencia de El, para que así hablemos de Dios a un mundo tan necesitado de El como la tierra reseca está necesitada del agua para que florezca en ella la vida. Nos urge y apremia avivar nuestro conocimiento y experiencia de Dios, Padre misericordioso, fortalecer nuestra fe en El, acrecentar nuestra vida de oración. Pocas veces mejor que pensar en la oración, como al comienzo de un año nuevo, y en estos precisos y apremiantes momentos en que se nos abren tantas expectativas, se agolpan tantas necesidades, se ponen ante nosotros tantas inquietudes, sufrimientos, gozos y esperanzas, y nos vemos como impulsados a levantar nuestros ojos a Dios en súplica esperanzada.

Al comenzar el año de una manera más espontánea, desde todo ello, nos abrimos a la oración. De esta manera confesamos que sin Dios nada podemos hacer, que todas nuestras empresas nos las realiza El y que nada verdaderamente digno podríamos llevar a cabo si no contamos con su amor y su gracia. Pedimos que todo comience en El cómo en su fuente y que todo conduzca a El como a su fin, que todo nos lleve a realizar su designio en favor de los hombres: designio de paz y no de aflicción, designio de amor y de felicidad, designio de luz y de verdad para todo hombre que viene a este mun-

do. Invocamos su santo Nombre y le rogamos que nos alcance y colme su copiosa bendición.

Es tiempo de oración. Ni la renovación y fortalecimiento de la Iglesia, ni la renovación y edificación de nuestra España serán posibles si no oramos. Todos debemos orar. Todos necesitamos volver al Señor, encontrarnos con El, escucharle, tratar con El, conocerle más y mejor, vivir la experiencia de su amor y de su cercanía, gozar de su gracia. No cesemos de orar. Es preciso, absolutamente necesario, como nos dice Jesús, “orar en todo tiempo y no desfallecer”.

Por eso pido encarecidamente y me pongo de rodillas ante todos, que a partir de hoy, y en los días sucesivos mientras no se aclare el futuro incierto que vivimos ahora en España, que en todas las Iglesias se ore por España, que se eleven oraciones especiales por España, que en todas las Misas se ore por España, que los conventos de vida contemplativa se ore intensamente por España. La situación urge y apremia. Para Dios nada hay imposible. Oremos con confianza a Dios. Oremos también en los hogares. Oremos con fe profunda y sencilla el Padre Nuestro donde se contiene todo lo que en estos momentos necesitamos.

No me cansaré de recordar y renovar, una y otra vez mi invitación a orar. Es la invitación más importante que os puedo hacer, el mensaje más esencial, máxime en estos tiempos de secularización y de eclipse de Dios. El olvido de la oración es olvido de Dios; y el olvido de Dios es olvido del hombre. Necesitamos orar para acercarnos al hombre, a todo hombre.

Dijimos los Obispos españoles, hace años en una Instrucción pastoral “*Dios es Amor*”: “Como la caridad es criterio de la autenticidad de la oración, animando a la oración estamos llamando también a una vida de verdadera solidaridad, de comunión en la Iglesia y de comunión con todos, en particular, con los excluidos y necesi-

tados. Porque...la oración nos convierte al Dios de la misericordia. Jesucristo ora por el testimonio de unidad entre los suyos, vital para suscitar la fe: ‘que ellos también sean uno en nosotros para que el mundo crea’ (Jn. 17,21) y nos pide que brillen nuestras buenas obras para que el Padre sea glorificado (cf. Mt 5,16)’.

† Antonio Cañizares Llovera
Arzobispo de Valencia

III

CARTA DEL SR. ARZOBISPO

«A LAS FAMILIAS: LO MEJOR QUE TENEMOS»

(8 de abril de 2020)

Queridísimas familias:

Sé que estáis sufriendo y deseo decirlos de todo corazón que estoy a vuestro lado, sufriendo con vosotros. En algunas familias este sufrimiento es muy grande, todavía más grande aún porque habéis perdido a uno de vuestros seres más queridos, a uno de los vuestros, los más entrañables: padres, madres, esposos, esposas, hijos, abuelos. Y otras también estáis sufriendo en el silencio del confinamiento, impuesto pero necesario, y de la .incomunicación, en que nos encontramos; y os digo lloroso con vosotros que os acompaño, en vuestro dolor, pero también en vuestra fe, que es nuestra común fe de Iglesia, en la esperanza y en la confianza en Dios, Padre nuestro

misericordioso y compasivo, que nos ha dado a su Hijo y nos ha amado hasta el extremo de la Cruz, dando su vida ahí, sin bajarse de ella, por puro amor a todos. Y os quiero decir, además, que también os acompaño y me siento solidario de las familias que os halláis en penuria y pobreza por el cierre de las empresas, por los despidos y las deudas, ... que tanta angustia generan y van a generar.

En estos momentos de dolor y tristeza, pero también de fe y de confianza en el Señor, con vosotros y por vosotros miro a la cruz de Cristo, me uno al Crucificado por nosotros, que lo perdió todo y se quedó solo con el Padre y le digo a Él, en la cruz colgado, que os acompañe Él en vuestra cruz, que es la suya, y os alivie y conforte y os lleve a dirigir vuestra plegaria a su Padre y nuestro Padre, Dios misericordioso, y que podáis decir, desde lo más hondo de vuestra alma, con lágrimas en los ojos, el corazón tal vez desgarrado, pero con esa fe que os anima: “En ti confiamos, a tus manos nos encomendamos, el auxilio nos viene de ti y de ti vendrá y lo esperamos”. Al pie de la cruz estaba María, la Virgen, y nos la dio como Madre; y como Juan, el discípulo amado, la recibís en vuestra casa y Ella os acompaña, en su dolor que es el vuestro, y por eso le rezáis en vuestra casa, en vuestra soledad que es la suya.

Necesitáis que os dé luz en medio de tanta oscuridad y si acudís a la Palabra de Dios, para que sea esta Palabra, la que os dé luz y os guíe; que Dios os conceda permanecer muy unidos en el amor, en la ayuda mutua, en la entrega común de todos. Algunos sé que estáis viendo por TV la retransmisión de la Santa Misa, donde tenemos todos el amor y el auxilio que siempre, y más ahora, necesitamos.

Esto mismo es lo que estáis haciendo en vuestras casas estos días: en la unidad de la familia, rezáis juntos, leéis los Evangelios, los de la pasión, y las Sagradas Escrituras, y comentáis juntos estas palabras con las que Dios nos habla como a amigos, seguís la San-

ta Misa, os queréis aún más, os volcáis con los más vulnerables- vuestros mayores y los más pequeños-, y os consoláis mutuamente, os dirigís a la Madre de Jesús crucificado y abandonado, la Virgen de los Dolores, de la soledad, o de las Angustias, que nos ha sido dada como Madre, le rezáis el Rosario. Estáis en esos momentos viviendo, pero de verdad, el misterio de la Iglesia: sois Iglesia, pequeña Iglesia doméstica, donde está Cristo, pero Iglesia de verdad, la gran y única Iglesia, que se une a vosotros y en vosotros, que os ama y os entrega a Jesús, nuestro salvador y nuestra esperanza. Permaneced así: unidos a la Iglesia y como Iglesia.

Estos días de Semana Santa uníos a toda la Iglesia a través de la retransmisión en TV de los Oficios litúrgicos, uníos a todas las familias, y que de cada casa, de cada familia, salga y se eleve un clamor, y se oiga, un clamor más grande y unánime aún que el aplauso que salís a dar desde vuestras ventanas y balcones por las tardes, un clamor y un grito que llegue hasta el cielo pidiendo con lágrimas y súplicas que se acabe esta pandemia y sus consecuencias, que nos ayude, que se muestre compasivo con nosotros: hacedlo con toda la confianza, la misma de Jesús, que en sus sufrimientos y en su abandono, fue escuchado por el Padre y lo resucitó. Viviendo con esta esperanza, porque el Señor nos ama y porque su confianza y su amor al Padre y por todos ha triunfado sobre la muerte, la desolación, y el pecado de los hombres, el odio y la mentira, y ha destruido todo poder que no sea servir y amar; la losa del sepulcro no lo retuvo ni con Él pudo, que tampoco la pandemia como una losa que pesa en esos momentos sobre nosotros, nos retenga y nos venza, porque esa losa es la del enemigo del hombre que nos oprime y no quiere que vivamos.

¡Ánimo!. El señor no nos deja, está con nosotros, en el dolor, la enfermedad, la privación: ¡¡nos quiere como nadie!! Y por eso sufre la pasión con nosotros y por nosotros.

Con todo mi afecto, mi acompañamiento, mi oración y mi bendición, queridas familias.

† Antonio Cañizares Llovera
Arzobispo de Valencia

IV

CARTA DEL SR. ARZOBISPO

«A LOS COFRADES DE SEMANA SANTA DE LA DIÓCESIS»

(9 de abril de 2020)

Hermanos, hermanas, amigos, cofrades de Semana Santa:

Os saludo en el nombre del Señor, y os deseo su paz: La paz que Él nos da en su Última Cena, la paz que brota de su costado abierto, la paz que Él, resucitado, desea a sus discípulos; la misma paz de Belén al nacer entre nosotros como uno de tantos, su paz, don suyo en que se resumen todos los bienes de la salvación y redención que en Él y por Él, Dios, Padre de misericordia, nos concede a todos los hombres, la que necesitamos siempre y más en estos momentos.

Este año, estamos viviendo una realidad insólita: las imágenes de los titulares de vuestras Cofradías y Hermandades no podrán salir a la calle. ¡Qué dolor y cuanta pena sentimos, pero, sobre todo, por el motivo de esto que es la difusión del coronavirus por todas partes y las víctimas y el sufrimiento que está produciendo con

tantos muertos, tantos afectados, tantas familias desoladas, tantas pobreza y penurias... de las que todos nos sentimos solidarios. Se renuevan las realidades de la cruz y del calvario del que hacéis memoria y anunciáis con vuestros pasos. Semana Santa del silencio la llamaba el otro día en un escrito, este año con un hálito distinto, un ambiente diferente en la vida de nuestros pueblos y ciudades que los envuelve en una esfera nueva y diferente; pero Semana por excelencia Santa, sagrada.

Sólo desde la fe cristiana, que os anima y nos anima, se entiende la Semana Santa, de siempre, pero ésta de manera muy particular. Asombra y sobrecoge adentrarse en la espesura del Misterio que estos días celebramos: es el misterio de Dios y del hombre, de la vida y de la muerte, del mal y de la gracia, del odio y del perdón, de las tinieblas y de la luz ... Toda la historia, todo su sentido, todo el drama del hombre y de la humanidad entera se concentra y esclarece ahí, en lo que celebramos estos días. Estremece contemplar en silencio, a corazón abierto, sin prejuicios, con corazón sincero, los acontecimientos que estos días santos evocamos: Jesucristo, el Hijo de Dios, que se rebaja hasta el extremo, por nosotros, que carga sobre sí todos nuestros males y pecados, sufrimientos y heridas, por nosotros; que se despoja de todo, lo da y se da todo, por nosotros; ahí está el abismo de un Amor sin límite ni medida, desbordante –Dios mismo que es Amor–, que nos rescata de los poderes infernales de la muerte, nos redime de la culpa, nos salva y llena con la paradoja de la cruz y la sabiduría más grande, la de la Verdad y del Amor, que en ella se contiene. Todo por nosotros, que somos tan poca cosa, pero que, sin embargo, valem tanto ante los ojos divinos de misericordia, que nos abrazan.

Y vosotros, hermanos y hermanas estáis ahí, sin despegaros de ese drama de amor, portando sobre vuestros hombros, en silencio y sin músicas de tambores, imaginariamente, vuestros “pasos”, vues-

tros “Cristos”, o vuestras “Dolorosas” como una cohorte de guardas que no se separa de ese drama y que lo vive con toda intensidad, este año con mayor motivo porque vuelve a suceder en vivo lo que allí pasó: un nuevo vía-crucis que prosigue su camino, una nueva pasión que renace, un nuevo calvario que no se acaba.

Hermanos, y hermanas, yo también soy cofrade de algunas de vuestras Cofradías y Hermandades, -de la del Cristo de la Buena Muerte de Sevilla soy hermano mayor, y también de la del Silencio de Granada- y me considero un hermano más de las vuestras -de las del Puerto de Valencia, o las de Gandía, o las de Alzira, o las de Torrente, las de Requena y Utiel,, de las de Liria, de las de todos los pueblos por no decir más nombres- y ,además y sobre todo, soy vuestro pastor que os quiere y admira, comparto vuestros sufrimientos; no se me olvidan los llantos vuestros cuando, por inclemencias del tiempo, por ejemplo, han de quedarse, sin posesionar, en vuestros templos o capillas, o de vuestras Hermandades estas imágenes tan queridas, que, de suyo, proclaman por las calles la Pasión, el gran drama de amor de la historia, que es Dios que nos ama hasta el extremo aunque los hombres lo despreciemos. Pero os pido que este sufrimiento, como Cristo en el Huerto de los Olivos o en la Cruz super dolorosa y angustiada, lo transforméis en oración, unidos a Cristo, intercediendo llenos de confianza para que cese la pasión de la pandemia, por los que la sufren acaso en agonía, o en la muerte, por todos los que están ayudando y sirviendo a tantos poniendo en peligro sus vidas, súplica desgarrada ante Cristo, con Él, para que pase de nosotros, como de Él, este cáliz que es el suyo, pero que se haga lo que Dios quiere, que siempre será para nuestro bien, que Dios nos perdone a todos por el olvido de Él y vivir al margen de Él como si no existiera, y que pronto, muy pronto, podamos vivir con alegría su victoria esta realidad de muerte en la victoria de la Pascua, de la resurrección. Unámonos humildemente

en esta plegaria unánime que llegue hasta el cielo, siempre unidos a María, la Madre de Jesús como Madre nuestra, al pie de la cruz.

Es necesario, queridísimos hermanos y hermanas cofrade de nuestra diócesis, no lo olvidéis y menos en esta ocasión, recuperar toda la verdad de la Semana Santa, el Misterio de la Pascua: aquí nos penetra e invade el amor infinito y la misericordia incontenible y sin límite, entrañable, del Padre que tanto nos ha amado que nos ha entregado a su propio Hijo, quien se ha despojado de su rango y se ha rebajado hasta la muerte y una muerte tan ignominiosa como la de la Cruz, por nosotros y por nuestra salvación. ¡Qué torrente de gracia, de consuelo y esperanza! Todo ha quedado inundado y anegado por el Amor que es Dios, palpable y visible en el Misterio de la Pascua, ¿Quién podrá apartarnos de este amor de Dios, al que nada ni nadie escapa?

Esto es lo verdaderamente importante, lo más real, lo más decisivo para la humanidad entera, que se hace vivo, presente y patente en las celebraciones litúrgicas en los días santos de la Semana Santa, y que se plasman en las tan expresivas muestras de las obras del arte, de la literatura o de la música, y en las manifestaciones tan elocuentes de la religiosidad popular. Liturgia, culto popular, arte,..., nos introducen e insertan de veras en el misterio mismo de Cristo. Es el misterio de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, es el misterio de la pasión de Dios, del Dios que ha resucitado a Jesús de entre los muertos. Son, junto con la encarnación y nacimiento de Jesús, los misterios centrales de nuestra fe cristiana y de toda la historia de los hombres.

Hermanos y hermanas, vivid con toda intensidad y verdad, con confianza y esperanza, con todo el amor de hermanos, lo que acaeció en Jerusalén en tiempo de Anás y Caifás, de Herodes y Pilatos, en la persona de Jesús, el Nazareno – su aclamación por las gentes

sencillas, los niños y los jóvenes con ramos de olivo o palmas en sus manos a su llegada a la Ciudad Santa sobre los lomos de un pollino, o su cena pascual con los discípulos, su oración en el Huerto de los Olivos, su traición, prendimiento, pasión, condena, crucifixión, muerte y sepultura, su resurrección- todos estos hechos, han roto de manera definitiva y para siempre el dominio del mal y de la muerte sobre los hombres, han aniquilado los temores y las angustias del mundo entero y nos ha traído, el perdón, la reconciliación, la paz, la salvación a todos, sin que nadie se siente excluido de la inmensidad de este amor tan misericordioso y casi inenarrable; todos estos hechos han trasladado a la humanidad entera, sufriente, dolorida, desterrada y esclava del mal y de la muerte, al reino de la luz y de la vida, de la esperanza, al reino de la gloria, y la ha hecho entrar en la patria verdadera, en los nuevos cielos y en la nueva tierra donde el Señor habita, el amor y la justicia moran.

Esto es la Semana Santa: Semana de la Pasión de Cristo, Semana de la Pasión de Dios, Semana de su victoria, la victoria de su desbordante amor sobre el pecado y la muerte, sobre el enemigo que nos odia y atenaza, la victoria de Quien es la vida y quiere la vida para el hombre que Él ama: ahí brilla paradójicamente el resplandor de su gloria que no es otra, sino que el hombre viva y viva con la dignidad que Dios le otorga, por pura gracia.

¡Que Dios os bendiga y que sean estos días muy santos! ¡Lo mejor para vosotros y vuestras familias y vuestros pueblos! Vuestro Obispo que os quiere, confía y espera mucho de vosotros y de vosotras.

† Antonio Cañizares Llovera
Arzobispo de Valencia

V**CARTA DEL SR. ARZOBISPO**

«A TODA LA COMUNIDAD DIOCESANA»

(17 de abril de 2020)

Muy queridos en Cristo, hermanos y hermanas, sacerdotes, personas consagradas, fieles cristianos laicos:

Se ha cumplido ya un mes de la situación de alarma o de alerta, con las disposiciones de confinamiento y de medidas excepcionales para evitar en lo posible el contagio de la pandemia del covid-19. En nuestra diócesis se están siguiendo escrupulosamente las directrices y recomendaciones tanto del Gobierno de la Nación, como de la Iglesia, concretadas por la Conferencia Episcopal y por este Arzobispado; tengo que felicitaros a todos por este gran sentido de responsabilidad ejemplar y prudencia y caridad que estáis mostrando. No sabemos cuánto tiempo va a durar todavía, esto, la pandemia y el confinamiento; posiblemente vaya para largo, tal vez meses, aunque no nos dicen la verdad, si es que alguien la sabe; nosotros, no obstante, seguiremos con la misma prudencia, la misma caridad, y la misma obediencia y docilidad a las prescripciones, obedeciendo por encima de todo a Dios y por eso colaborando por caridad y justicia en que no se produzcan más contagios, y con las actitudes y obras de fe, de caridad y de servicio, con toda esperanza, que es lo nuestro, lo de los cristianos, lo de la Iglesia. Por eso os digo a todos que **guardemos escrupulosamente las orientaciones que ya re-**

cibisteis en su día de la diócesis: SIGUEN VIGENTES COMO EL PRIMER DÍA, y no se salten ni difundan otras cosas. Soy consciente de lo duro que es todo esto, de la difícil situación que estamos pasando, imaginaos cómo estoy sufriendo para actuar así. Seguimos, como los discípulos, tras la pasión, encerrados, con las puertas cerradas por miedo de la pandemia, y al contagio -ni contagiar o transmitir el virus aunque no sepamos que lo portamos, ni ser contagiado, ni recibir el virus de otros que quizá no sepan que lo portan- y, también ¿por qué no decirlo?, por el clima de miedo que se está creando ante algunas actuaciones de ciertas fuerzas, ejecutoras obedientes, y presiones, que ya sabéis a las que me refiero puesto que las estáis sufriendo con gran sentido cristiano.

Sin embargo, y a pesar de todo, tengo y quiero, sobre todo, deciros: estamos en Pascua; es verdad, Jesucristo ha vencido la muerte, no ha sucumbido a la desgracia y a la pasión de que fue víctima, injustamente perseguido, no respetado y condenado, y a pesar también de que sigue sufriendo la pasión hoy en sus hermanos, -la Humanidad sufriendo por la pandemia del virus covid-19-, y Jesús continúa abrazado a esa cruz con nosotros y por nosotros en este Calvario de la Humanidad que padece, -algunos con mayor intensidad, muchísima intensidad por la muertes de seres queridos-, mostrando y actualizando ese amor infinito con que en su Cruz de Jerusalén nos amó. Tened muy en cuenta que su amor no tiene límite y que nada ni nadie puede vencer ese amor con que somos amados. Recuerdo hoy y estos días, aquellas palabras tan vibrantes dichas por el Papa Juan Pablo II en uno de sus viajes apostólicos ante miles de jóvenes en un estadio donde tantos habían sido ajusticiados: **¡El amor vence siempre, el amor vence siempre, como Cristo ha vencido, el amor ha vencido, el amor vence siempre. Aunque en ocasiones ante sucesos y situaciones concretas pueda parecernos impotente. Cristo parecía impotente en la Cruz.**

Dios siempre puede, MÁS! (Juan Pablo II)

Estamos en Pascua, hoy es Pascua, ha resucitado y vive vencedor de la muerte, sin la losa sepulcral de muerte, de contagios y de miedos. Sigue amándonos y no nos deja. Camina con nosotros como con los discípulos desconcertados y cariacontecidos hacia Emaús, desesperanzados. Nos invita a proseguir el camino, sin retirarnos, con la mirada fija puesta en Él que tanto supo y sabe de ignominia y de desgracia. Y nos levanta el ánimo y devuelve la esperanza grande y verdadera. A Él dirigimos nuestra mirada para que sane las heridas de la Humanidad desolada, al tiempo que nos muestra las suyas en su cuerpo. Hoy es Pascua de resurrección y sigue repitiéndonos con fuerza: "no temas, he resucitado y aún estoy contigo, no te dejo, camino contigo, Humanidad herida y desolada". "Para muchos está siendo o es una Pascua de soledad, vivida en medio de numerosos lutos y dificultades que está provocando la pandemia, desde los sufrimientos físicos hasta los problemas económicos" (Francisco) Cuando caminamos desalentados porque no esperábamos esto ni por asomo, cuando estamos encerrados nos encontramos con la presencia de Jesús resucitado, que atraviesa las paredes para desearnos y darnos la paz y devolvernos la esperanza.

¿No lo estamos viendo y palpando en tantos signos de vida y amor como están acaeciando? La piedra que desecharon los constructores de este mundo, es ahora la piedra angular, sobre la que edificar: Jesucristo. Y sobre Cristo, vivo y presente, estáis edificando cuando estáis dirigiendo desde lo más interior y hondo de vuestro corazón y de vuestras casas vuestra oración silenciosa pero que oye y atiende Dios, Padre nuestro, que ha resucitado a Jesús, y, juntos en familia, en y desde lo más íntimo y querido de vuestras familias y con vuestras familias, en el comedor o en la sala de estar de vuestros hogares le dirigís suplicantes y llenos de confianza vuestras plegarias; edificáis sobre la piedra angular que es Cristo,

cuando leéis las Escrituras santas que nos hablan de Él, y escucháis como lo caminantes de Emaús que todo encuentra sentido en Él; estáis edificando sobre esta piedra angular, Cristo, cuando permanecéis muy unidos la comunidad familiar y os sentís muy unidos, solidarios y más que solidarios con los que han sufrido el zarpazo de la muerte ocasionada por el virus o cuando solidariamente ayudáis a personas vulnerables llevando a sus casas lo que necesitan de alimento, o de medicinas, o de lo que les sea necesario; y también podemos ver que Cristo vive y no ha vencido la muerte, en tantos y tantos sanitarios, médicos y enfermeros o enfermeras, fuerzas de seguridad, bomberos, y un amplio “etc”, que están jugándose su salud y su vida por ayudar a los demás, en todos ellos podemos ver que “este es el día en que actuó el Señor sea nuestra alegría y nuestro gozo”.

Hermanos y hermanas muy queridos, reconozcámoslo, estos días estamos viviendo una especial presencia del Señor que vive, en el recinto doméstico, y se han encontrado todos los miembros de las familias de una manera distinta, rezando juntos, escuchando la Palabra queriéndose más, unidos, y queriendo más a los demás: ¿no está Cristo cuando se reza unidos o unidos se le escucha, o crece el amor mutuo? ¿No está ahí la Iglesia? ¿No hacían y hacen esto en la Iglesia del silencio donde la Iglesia, a pesar de lo que pueda parecer, no está cerrada con las puertas cerradas? Como me decía una abuelita muy mayor y viuda, sola, que no estaba solica porque Dios estaba con ella, lo mismo vosotros no estáis solos porque a través de todos esto, y además de ser pequeñas Iglesia donde está Cristo, es que estáis diciendo y proclamando desde el silencio, como en otros tiempos en que no se podía hacer otra cosa, estáis afirmando que Dios está con vosotros, que sólo Dios es necesario y que Él basta. ¡Qué maravilla!: Sólo Dios!, Padre de Jesucristo y Padre nuestro; poned, pongamos y sigamos poniendo sin desmayo, en Él

toda la confianza, que Él nos ama y nos ha demostrado su amor y la verdad de este amor resucitando a Jesús, nuestro Hermano.

Quiero compartir este gozo con todos vosotros, en estos momentos de desolación de la pandemia, y proclamar que la cruz, la muerte, la enfermedad, el dolor, la desolación, la losa sepulcral, la ruina, no tienen la última palabra: la última palabra la tiene Dios que ha resucitado a su Hijo de entre los muertos y ha retirado ya la losa opresora, porque nos quiere con su amor sin medida: **Es amor y el amor vence siempre, ya ha vencido.** Verdaderamente ha resucitado el Señor, el crucificado, atrapado por la muerte pero no vencido por ella, y vive. Esta es nuestra esperanza que humildemente, como don de Dios, se la ofrezco a todos y para todos pido. ¿Qué hemos de hacer? Desde aquí grito: volvamos a Dios, abramos las puertas a Cristo que vive. Desterremos de nosotros, la indiferencia, el egoísmo, la división y olvido (Francisco). Abramos las puertas a Cristo, abran las puertas de los Estados, de la sociedad, de la cultura, de las familias, de los hombres todos, singularmente los afligidos y miedosos, a Jesucristo; sólo Él sabe lo que hay en el corazón de los hombres. Es la hora de la Pascua, es la hora de la esperanza que no defrauda. Es necesario que fluya esta corriente de esperanza, que se contagie esta esperanza que se nos ofrece en la Pascua y trabajemos juntos unos por otros y con otros en el próximo futuro. Es posible un nuevo futuro, pero cambiemos, no olvidemos lo fundamental y primero: Dios y su amor, su apuesta por el hombre, y su predilección por los pobres, enfermos y vulnerables.

Releyendo los informes que me han pasado los Vicarios Episcopales de zona, estoy admirado de lo mucho, muchísimo, que estáis haciendo, sacerdotes y fieles, desde las parroquias, desde Cáritas, desde las familias, desde los hospitales y clínicas, desde residencias de mayores, desde la Universidad Católica, desde los Colegios diocesanos; muy sencillo todo, pero muy verdadero y eficaz; os estáis

mostrando como verdadero Pueblo de Dios que camina, siguiendo al Señor resucitado, os felicito; estáis testimoniando vuestra fe que se apoya y surge de la resurrección, estáis expresando que el poder de la muerte, que a todos amenaza, no es la última palabra, porque creéis en Dios y en su Hijo Jesucristo, en la resurrección y en la vida eterna os preparáis para el encuentro con el Señor, en el abrazo y descanso por su misericordia en la vida perdurable; no os abandonéis, seguid centrándoos en la esencial, sacerdotes, fieles laicos, personas consagradas, y lo esencial y primero es Dios y su Hijo Unigénito, enviado, Jesucristo que oró, confió en el Padre y el Padre lo libró de la losa de la muerte y vive y traspasa las paredes que nos encierran en nuestro mundo y nos enclaustran con puertas de miedo: Él se hace presente y está vivo con las heridas de la crucifixión, que son la nuestras hoy.

Van a venir tiempo muy difíciles y ahí hemos de estar, y hemos de prepararnos y disponernos para hacer lo que podamos y debemos. Echemos a volar la imaginación y creatividad de la caridad en nuestra diócesis, no cesen ni se aminoren o debiliten las fuerzas en Cáritas y su voluntariado, que las instituciones diocesanas educativas y universitarias elaboren y realicen proyectos que son posibles en su manos y si no que busquen apoyos, que los medios de comunicación nuestros estén al servicio de lo que hoy en la pandemia y mañana, cuando vaya pasando, nos está pidiendo el Señor. ¡Adelante, con ánimo, con fe, con esperanza. Sin límites nada más que los que Dios nos ponga.

Volvamos a Dios, convirtámonos de verdad a Dios que resucitó a Jesús. Dios puede, puede más que todo lo que nos amenaza, asusta y amenaza de muerte. El Maligno no podrá vencer al amor que Dios nos tiene: roguemos a San Miguel Arcángel que venga en ayuda de su Iglesia, que la defienda, con san José, los santos del Cielo y la Virgen María; estamos superconvencidos que las puertas del

infierno no podrán contra ella. El amor no es ni será vencido, aunque se muestre aparentemente impotente. Cristo ha vencido desde la impotencia de la Cruz, que es la impotencia omnipotente de su amor: Dios, solo Dios, este debe ser el horizonte de nuestras vidas. Edifiquemos únicamente sobre la piedra angular que es Cristo, no tenemos otros Nombre en el que podamos ser salvos que el suyo, sólo Él. Es lo que también nos pide nuestro Sínodo diocesano, que aunque interrumpido de momento, no ha acabado aún, y Dios nos pide, al convocarlo, que vayamos a lo esencial y primero, que es él mismo y su amor, y el amor, su amor no será ni ha sido vencido: Dios, Amor, puede, y puede más.

Quisiera, por último, felicitar, agradecer de todo corazón y animar particularmente a mis queridos hermanos sacerdotes: es la hora de la fe, de la esperanza que no defrauda, de la caridad pastoral que no se reserva nada para sí, de la eucaristía que los sacerdotes debemos celebrar todos los días por el pueblo confiado a nuestro cuidado de pastores, y más en esos tiempos, es la hora muy en especial de los sacerdotes sin los que no es posible la Eucaristía, es la hora de la santidad sacerdotal que Dios nos ofrece y que trae la verdadera renovación de nuestras comunidades: aprendamos la gran lección que Dios nos está dando. No permitamos ni dejemos que avance más la fuerte “mundanización” de nuestro mundo, el olvido de Dios o de su ausencia de nuestro mundo, obra de los hombres. No nos echemos atrás en el anuncio del Evangelio, anunciemos a Cristo Evangelio vivo e Dios, a tiempo y a destiempo, que es fuerza de salvación para todo el que cree: lo primero la fe, Jesucristo, su anuncio y su testimonio, que es confianza sin límites en Dios, Padre nuestro: que la oración permanente y la penetración en la oración que Cristo nos enseñó sea nuestra luz y nuestra guía, con la Virgen María, que dijo en Caná a los criados: “haced lo que Él, Jesús, os diga”, y nos lo dice también hoy a nosotros sacerdotes que somos

ahora sus criados, para hacer su voluntad, que sea santificado y reconocido su Nombre y que venga y se establezca su Reino y reinado, que es lo único que a nosotros, sacerdotes, como a Jesús, Sumo y Eterno Sacerdote, nos mueve. No dejéis la Eucaristía diaria, que se ofrece por toda la Iglesia, aunque físicamente no la veamos, está presente allí en cada una de las Eucaristías, aunque la celebremos solos, la Eucaristía es fuente de santidad, de salvación y de vida para todos los fieles, también término para nosotros celebrantes. ¡Ánimo!

Con todo mi afecto, amor, mi oración y mi bendición para todos, sacerdotes, personas consagradas, fieles cristianos laicos, adultos, ancianos, jóvenes y niños, mujeres y hombres, os tengo a todos muy presente, os quiero entrañablemente y oro por todos, especialmente por los que más estáis sufriendo en estos momentos y más lo necesitáis.

† Antonio Cañizares Llovera
Arzobispo de Valencia

VI

CARTA DEL SR. ARZOBISPO

«A LA COMUNIDAD DIOCESANA»

(28 de abril de 2020)

Queridísimos hermanos y hermanas en el Señor Jesús:

Antes que nada quiero dirigirme a tantas y tantas familias que

habéis sufrido la muerte de personas muy queridas en vuestras familias o entre vuestros amigos, y deciros que hago más vuestras lágrimas y vuestro dolor y que ruego y ofrezco diariamente el santo sacrificio de la Eucaristía por estas personas tan queridas, a las que ni siquiera en la mayoría de los casos habéis podido acompañar ni despedir, y también por vosotros amadísimas familias y amigos, con quienes me siento muy cercano, identificado y unido: os quiero. Son muchos miles las víctimas, y son las primeras, además, en nuestro cariño y memoria.

En estos momentos de dolor universal no tengo otra palabra de aliento y esperanza que ofreceros que ésta: Jesucristo, que ha vencido la muerte y vive, es verdad, la más grande verdad. Quisiera transmitir, una vez más, a todos una palabra de aliento y esperanza: Dios ha resucitado a Jesús y ha roto las ataduras de la muerte, no era posible que la muerte lo tuviera bajo su dominio; pensad esto y en esto. Es verdad; no hemos sido rescatados con bienes efímeros, con oro o plata, sino con la sangre de Cristo mismo, Hijo de Dios vivo y misericordioso: esto es lo que vale el hombre, esta es su grandeza y dignidad, la de todo hombre, esto es lo que cuenta a los ojos de Dios, así nos ama Dios; y, aunque muy tristes y desalentados Jesús, que vive, sale a nuestro encuentro, como en el camino de Emaús y nos hace mirar y abrir las Escrituras que nos hablan en todas sus páginas de Él, y da sentido a nuestra historia, a nuestras vidas, a nuestros desalientos y desesperanzas.

No hay nada más verdadero ni con mayor densidad de realidad y realismo, garantía y fuerza de futuro y de presente, que esta fe. Ahí está la raíz de nuestra esperanza, ahí está y tenemos el fundamento para la vida del hombre, siempre, y más aún en esta situación tan difícil que nos envuelve. En la misericordia de Dios, Él quiere la vida para el hombre, para todo hombre, nos ha creado redimido para Él, nos ama, su amor es más fuerte y ha vencido la muerte, y

enjuga nuestras lágrimas y consuela nuestro llanto.

Soy consciente y comparto el deseo y la petición que estáis haciendo a vuestros Obispos: Queréis recibir a Cristo en persona, realmente, deseáis estar junto a Él, que se cumpla en medio vuestro la súplica de los desalentados discípulos del camino de Emaús, –solos, en huida, envueltos en criterios y planes propios, por muy nobles que fuesen– le piden que se quede con nosotros, que se quede entre nosotros, porque lo queréis vivo en vuestras vidas, porque lo amáis y deseáis de verdad y corazón. Alguno me pregunta, llamándome “padre”, si habrá que seguir dejando a los hijos sin comer hasta que ellos pidan el alimento, y si como padre tengo que llamar a los hijos a comer, vencer el miedo para no enfermarse: como “padre” que soy y me siento, nada me desgarrará más mi corazón y me lo traspasa que el no poder dar a todos el alimento, el pan de vida, y no por miedo, sino por caridad, no poder llamar a todos a tomar este Pan, por deber de los mandamientos de Dios. Y pienso lo que sufrirá un padre que se haya quedado sin trabajo y no pueda dar a sus hijos el alimento que necesitan, que no coman, ¿habrá algo más doloroso para un padre que esto, no darles el pan y que se queden los hijos sin comer? Comprendedme, por favor, algunos no lo comprenden y esto aún me hace sufrir más.

Pues bien, en la situación de confinamiento que dura tantos días estáis anhelando algo que es un signo muy esperanzador, y es que anheláis, con verdadero deseo, esa presencia suya, de Cristo, Pan vivo bajado del cielo para la vida del mundo, para alimentarnos y darnos vida, y lo estáis expresando con vuestra oración y súplica desde lo más hondo de vuestro ser, que venga, que venga y que se quede, que se haga presente, y estáis manifestando también este deseo de Él, acudiendo a la Sagrada Escritura para hallar en ella una palabra de consuelo, de alivio, de esperanza y encontráis en ella que esta palabra no es otra que Jesucristo, siempre la misma y

única, que sigue diciéndonos: “vivo, vencedor de la muerte”, salud de los enfermos, salvación, “venid a mí los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviare”, “aprended de mí”. Y buscando en la Sagrada Escritura, encontráis a Él y decís de verdad como Pedro en nombre de los demás discípulos: ¿A dónde iremos?, sólo tú tienes palabras de vida eterna, Y la verdad y certeza es que sólo tiene palabras de vida eterna y estáis, al tiempo, aprendiendo de Él, de sus enseñanzas, en el silencio, en la oración en el deseo ardiente de Él, junto a la familia; invocando a María, nuestra Madre, estamos aprendiendo que no somos más que hombres, criaturas frágiles y débiles, pobres pecadores, susceptibles de caer y derrumbarse, de pasar y tener miedo, de temblar asustados por lo que pueda pasar y venir, y que necesitamos de Dios, que sin Dios nada podemos, sin Él que nos ha creado y redimido y para Él somos; nada podemos sin su amor misericordioso y por ello le decimos: “¿hasta cuándo me esconderás tu rostro, hasta cuando voy a estar preocupado todo el día y afligido? Atiéndeme y socórreme, porque Tú eres nuestro auxilio. Sólo de Ti nos viene el consuelo”; estáis expresando con vuestro gemido de oración que tenemos sed de Dios como tierra reseca y sedienta, sin agua. Al mismo tiempo todos estamos aprendiendo que Dios es Dios y no está lejos de nosotros, está tan cerca que podemos invocarle con la confianza y certeza de que nos escucha porque está a nuestro lado, más aún está dentro de nosotros; y estamos aprendiendo, Dios nos enseña en el silencio, o en la compañía de los nuestros que cuando se tiene a Dios, se tiene todo, y que cuando no lo tenemos nos falta todo y nos hundimos si Él nos falta, perecemos sin la voz, la palabra de Jesucristo, presente, sin abandonar la barca, que amaina las aguas turbulentas que nos angustian. Todo esto está siendo, queridos hermanos y amigos, garantía de que es verdad que Cristo vive, que está vivo, presente en medio nuestro. Necesitamos volver a Él, buscarle, hallarle, dejando

el hombre viejo y abandonando las obras de las tinieblas y caminar en la Luz que es Él, y sólo Él.

Y otra cosa más: ¿nos estamos dando cuenta de otro signo de Dios, amor y misericordia, de lo que es y significa la familia, casa, hogar de Dios?: pues en ella nos amamos con un solo corazón, lo compartimos todo, los sufrimientos y tristezas, las alegrías y gozos, las penas y esperanzas, los anhelos, todo lo tenemos en común, escuchamos y leemos la Palabra de Dios juntos, juntos oramos, y juntos sentimos y experimentamos la solicitud por los otros y querríamos ayudarles, y les ayudamos realmente, y juntos nos perdonamos unos a otros y se nos pasan los enfados y resquemores, nos unimos más y nos apoyamos más, vivimos y sentimos el mismo anhelo unificado, es decir: que Jesús venga a nosotros y nos alimente con el único alimento que sacia y que tantísimo necesitamos, su pan de vida, su cuerpo. ¿No son estas las notas de la primitiva comunidad cristiana? ¿No son estas las notas de la Iglesia? ¿No es cierto como se viene diciendo en la larga tradición eclesial, hecha de obras y palabras, que la familia es la pequeña iglesia doméstica, donde Cristo está presente y mora? ¿No es esto también un don de Dios que nos hace ser Iglesia, casa de Dios? ¿Y no querríamos decir esto a los demás, que cuando se vive así, en ese amor, en esa fe, Jesucristo vive y actúa en nosotros, en medio nuestro, nos enseña sus llagas, y que sólo en Él, salvador, que Dios ha resucitado, tenemos la esperanza, no querríamos que todos viviesen esta buena noticia y deseáramos llevarla a que los demás la conozcan, la sigan y la vivan y compartamos juntos este un mismo sentir, don de Dios y que es Dios, Dios con nosotros?

Esto quiere decir que estamos viviendo una Iglesia de fe, que confía en las promesas de Dios, abierta a la esperanza. La gran esperanza de vida eterna, nuestra resurrección y que esa Iglesia siente la urgencia de ser signo de su amor entre los hombres, y de voca-

ción a la vida eterna, que tiene predilección por los pobres y los que sufren, los débiles y vulnerables, como en estos momentos vemos en los ancianos a los que tantísimo debemos - todo- y en los niños, una Iglesia llamada a servir y a dar la vida, y que estamos palpando tan luminosamente en los que están dejándose la piel, la vida, en situaciones muy precarias incluso en multitud de casos de carencias básicas y debidas, dejando o dando sus vidas por servir, por ser ayuda, salud, consuelo, alegría, de los enfermos y contagiados, de los ancianos, de los vulnerables, que nos dejan admirados a todos, como los primeros cristianos admiraban por su caridad y su alegría: es uno de los signos más bellos y evidentes que Jesucristo vive y que su amor perdura y está vivo. Ante todos ellos mi agradecimiento, mi reconocimiento sin límites y mi alegría admirada por ser lo que son y porque me hablan de Dios, y de lo que Él es capaz de hacer cuando a Dios se le deja ser Dios y lanzarse a responder positivamente con hechos palpables a la pregunta siempre inquietante desde los primerísimos tiempos de la Humanidad: “¿Dónde está tu hermano?”. Su respuesta está siendo la que vemos en todas estas personas: Ahí está, en los que me necesitan; respuesta similar a la que dio Cristo, pero cambiando o sustituyendo los que preguntan que hoy son los entendidos y “sabios” de este mundo: “¿Dónde está Dios?”. Ahí responde Cristo, ahí responde la Iglesia: en la Cruz, la cruz de la pandemia, amando, y difundiendo amor por los hombres.

¡Cuántas lecciones nos está dando Dios, cuántas enseñanzas nos está dejando que debemos aprender! ¡cuántos ejemplos a imitar y seguir por parte de las familias unidas, que oran y escuchan la Palabra de Dios juntos, y buscan y desean el Pan de la vida que se sacrifica, por parte de quienes en hospitales o residencias de mayores están dejando su vida a girones por los demás, los más vulnerables, por los que a través de Cáritas, de otras instituciones e iniciativas están compartiendo lo que tienen, o en tantos sacerdotes

que en su ministerio parroquial, o en el ministerio de la pastoral de la salud están ofreciendo un servicio impagable y silencioso a los demás sin nada a cambio, o en tantas monjas y personas consagradas que con su vida están dando un testimonio tan valioso como el de la caridad hecha oración por los otros más necesitados: ¡qué bien lo está haciendo Dios con todos ellos y ellas!, ¡qué bien lo estáis haciendo!, sois signo de que Cristo vive, sois signos de que Él está presente en la Iglesia, sois signos de Iglesia, os felicito, os doy un millón de gracias y pido por vosotros para que no desfallezcáis y sigáis con esa valentía, con esa firmeza, con esa alegría y ese temple que son un regalo de Dios del que nos sentimos orgullosos porque es obra de Dios con la que nos ha enriquecido en todo por su Hijo Jesucristo.

Pues bien, hermanos, esto es lo esencial de nuestra vida como hombres nuevos renacidos en el Bautismo, a esto nos invita y apremia Dios en estos momentos, a que vayamos a lo esencial. Y a esto mismo nos está llamando el Sínodo Diocesano que el amor de Dios y su misericordia nos impulsó a convocar, iniciar, continuar, y, en su día, cuando toque y sea posible, concluir: a ir a lo esencial siendo una Iglesia evangelizada y evangelizadora: evangelización en obras y palabras, evangelización que es dar testimonio de lo que hemos visto y oído, anunciar a Jesucristo vivo y dar testimonio de Él con una vida nueva, con un estilo nuevo conforme al Evangelio.

Os tengo que decir, queridos hermanos, una cosa que he aprendido: que reflexionando sobre todo lo que nos está aconteciendo, viendo, oyendo y palpando todo esto ya tenemos escrito con letras indelebles por tan variado y rico testimonio de fe y de amor, el “instrumento de trabajo” del Sínodo Diocesano y elaboremos, a partir de todo esto, las conclusiones, que habrán de expresar que por encima de todo está Dios y el hombre, Dios que ama al hombre; sólo Dios, revelado en Jesucristo, presente en su Iglesia, revelado

en Jesucristo, en su rostro humano, y éste habría de ser de ser el horizonte de nuestra Iglesia diocesana, y de todos los diocesanos, porque sólo así estaremos por el hombre y lo serviremos; que la santidad, o vida de unión con Dios, con su Hijo único Jesucristo, por obra del Espíritu Santo, y ser santificados por Él, ha de ser objetivo prioritario y primero de todos en la Iglesia diocesana, para llevar el Evangelio al mundo y meterlo en el corazón del mundo, transformándolo desde dentro con la fuerza del Evangelio; la vida de oración y de adoración, de escucha y lectura asidua de la Palabra de Dios y de ponerla en práctica, personalmente y en las familias o en las parroquias, ha de ser centro y núcleo en la vida de las comunidades y fieles que todos somos, nuestra fuerza y sabiduría y alimento cotidiano; que la Eucaristía ha de ocupar el lugar central y esencial en la vida de todos, particularmente de los sacerdotes, y que hemos de alimentarnos de ella, y de su adoración, en la que Dios es santificado, los hombres son santificados por Él, llenos de su amor, nos hace vivir y obrar de su mismo amor y con su mismo amor llevando ese amor suyo y su paz a todos los rincones especialmente a los que estén más necesitados de su misericordia y de la paz.

Debo añadir, después de todo lo que acabo de decir y señalar como horizonte, que me perdonéis ahora porque todo lo que estamos viendo, oyendo y palpando no anula, sino al contrario lo enriquece, el trabajo y las aportaciones de cuantos habéis participado en el itinerario sinodal con sus Comisiones técnicas y grupos, y vuestras aportaciones que se recogen en el libro que será el “*instrumentum laboris*”, casi ultimado según me informan, de la Asamblea Sinodal y soporte de sus conclusiones que serán presentadas para su aprobación, escuchando cuanto está aconteciendo.

En varios momentos a lo largo de esta Carta para expresar el ser e identidad de la Iglesia y de la fe que en ella y por ella profe-

samos y vivimos, he hecho alusión a la caridad, que es la única virtud que permanecerá en la vida eterna, de la que seremos juzgados en el último día en el juicio de misericordia, que tendremos. Por eso añado ahora, no como un apéndice o estrambote, sino como el mismísimo corazón de la Iglesia y de los creyentes: en la primitiva Iglesia todos compartían y tenían en común y ponían a disposición de todos cuantos bienes poseían. Es hora de compartir, servir y dar la vida, como hemos recordado que ahora muchos están haciendo. Pero se avencinan tiempos, están ahí ya, en que se nos apremia y urge a las obras de caridad y de misericordia, caridad, que va más allá de la justicia y la incluye porque reclama un nuevo orden y no precisamente el nuevo orden mundial, tan nefasto, y prometen un cambio epocal, no precisamente con lo que propugnan los movimientos catalogados en la Nueva Era: Es predecible y así nos los están diciendo de todos los lados que nos vamos a enfrentar a un gran crisis social, económica y política. Ahí hemos de estar presentes los cristianos, como cristianos, como testigos de un mundo nuevo, una humanidad nueva, como testigos de Dios vivo y edificadores de una nueva civilización del amor, testigos de caridad para tomar parte y contribuir de forma concreta y medidas eficaces y justas a la solución de esa crisis grandísima: sin duda que el primer signo de caridad que habrá que alumbrar es que la Iglesia sea Iglesia, Iglesia de Dios que, como la nueva Jerusalén de la que nos habla el libro del Apocalipsis, bajada del Cielo, sea Iglesia de la verdad que nos hace libres y se realiza en la caridad, edificada sobre la única piedra angular que es Cristo, testigo de la verdad y del amor de Dios incommensurable, y que dé y entregue lo que ha recibido y es su tesoro y riqueza única sin callarse es decir: la fuerza del Evangelio, una Iglesia que evangelice a tiempo y a destiempo, porque el Evangelio es fuerza de salvación para los hombres, que dé a conocer con obras y palabras a Dios, su amor y su rostro, Jesucristo, el único nombres

en el que podemos obtener la salvación. No lo olvidemos: la Iglesia no tiene otra riqueza ni otra palabra que ésta: Jesucristo, pero ésta no la podemos callar ni silenciar, ni la dejaremos morir. E inseparablemente, una Iglesia que, fiel a la verdad, ofrezca el testimonio de su unidad inquebrantable, como el Padre y Jesús son uno para que el mundo crea porque solo la fe salvará el mundo y es donde está nuestra victoria, la victoria de la Iglesia que vence al mundo y a la mundanización de nuestras vidas de hombres, criaturas de Dios, débiles, necesitadas y pobres pecadores, vulnerables, que, al mismo tiempo, no pueden vivir sin Dios o al margen de Él como si no existiera. Estamos en el mundo pero no somos del mundo, y el servicio ineludible por amor y caridad que hemos de ofrecer a todos los que viven en el mundo es la semilla de la fe, que dé frutos, la levadura de la vida nueva en Cristo, la sal y la sabiduría de la caridad, el fermento de la esperanza.

Y la sal de la caridad: tenemos una oportunidad que no deberíamos dejar pasar en estos precisos momentos es la de nuestra aportación económica a los que están pasando hambre ya, a los parados, y a las empresas pequeñas, a las Cáritas parroquiales y Diocesana, que tanto están haciendo y tan bellos gestos están ofreciendo. Otro día os escribiré muy en concreto sobre esta ayuda, deber, que os pido y os ruego encarecidamente: Seamos generosos; la Conferencia Episcopal ha apelado a esta generosidad de todos, incluso con nuestro sueldo (por lo que a mí se refiere ya he dado las órdenes oportunas en este sentido, a quien debo dárselas para que las ejecute); la diócesis, como tal, también ha recibido y estudiará las directrices para que la diócesis entera esté en primera línea ayudando en esta atención prioritaria, aunque deje de hacer otras cosas: lo primero es lo primero. Como expresión de la caridad, nuestro compromiso social y público, político. Y digo lo mismo a las parroquias. Pero también la diócesis y las parroquias, Cáritas, necesitan

las ayudas de fieles, de instituciones, de negocios y empresas para que conforme a sus posibilidades ayuden. Un medio muy eficaz es el que ya conocéis por anteriores campañas puestas en marcha en las que destaca nuestra diócesis: Coopera en el portal “donoamii-glesia.es”, que se concreta ahora en “YO TAMBIÉN SOY PARTE, AYUDA A TU PARROQUIA Y TE AYUDARÁS A TI MISMO. DONA A TU IGLESIA, AYÚDALA”, las parroquias y la obras parroquiales de caridad, muy cercanas a vosotros, son las primeras beneficiarias de esta campaña. Sed muy generosos, ayudadnos, lo necesitamos también para ayudar porque lo que tiene la Iglesia, como decía Santo Tomás de Villanueva, el gran santo renovador de la Iglesia diocesana de Valencia, es por los pobres, de los pobres y para los pobres. ¡Ánimo, AYUDA, DONA A TU IGLESIA! Esto también es evangelizar y se requiere estar evangelizado para obrar conforme a lo que la Iglesia nos pide. Se me ocurre una cosa que pido a nuestros Colegios diocesanos: Ofreced comida gratuita a todos vuestros alumnos necesitados, dadles de comer y en la medida de lo posible ayudad con comida a los padres que lo necesiten. También pido a Cáritas que abra espacios para dar de comer, comedores, como también sabéis hacerlo. Abramos espacios adecuados en nuestra diócesis, que los hay, a los sin casa o sin techo; felicito y agradezco a parroquias, órdenes e institutos de vida consagrada por vuestra rapidísima respuesta a poner a disposición de la diócesis estos espacios, habéis sido muy generosos, queridos religiosos y religiosas y queridas parroquias. SOMOS UNA FAMILIA, FORMAMOS UNA UNIDAD, sigamos así porque eso es un don de Dios, hoy. ¡Gracias y que Dios os pague como sólo Él sabe hacerlo! Vivimos en Valencia una Iglesia evangelizada que se siente llamada y enviada a evangelizar, siguiendo, con la cruz y el despojamiento, a Jesús el primer evangelizador.

Estamos esperando nuevas orientaciones y directrices de cómo

habremos de proceder dentro de unos días, en el mes de mayo, en y con los actos religiosos. Sabemos que el Presidente y el Obispo-Secretario de la Conferencia Episcopal están manteniendo conversaciones con el Gobierno. Ya nos dirán. Pero sí que debo decir a todos que durante los más de cuarenta días del confinamiento por la pandemia, las directrices que hemos dado los obispos, en general, y yo mismo aquí en la diócesis de Valencia, han ido y van encaminadas, a cumplir con la Ley de Dios, que en su quinto mandamiento nos manda guardar, promover y defender la vida, preservarla, la nuestra y la de los demás: y eso es lo que estamos haciendo: preservar de posibles contagios y extensiones de la pandemia letal del covid-19, ni ser contagiados ni contagiar: es un deber absoluto que Dios, su voluntad, quiere de nosotros; ¿no estamos haciendo eso también, defender y promover la vida, ante las lacras terribles del aborto o de la eutanasia, del suicidio asistido, de la guerra, de la drogadicción, etc. etc.? Y además, ¿no es el primero y principal mandamiento amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos? ¿No es el mandamiento nuevo, el de la caridad, “amaos unos a otros como yo o he amado”? ¿Qué está por encima de la caridad? Y añado otra consideración: si - Dios no lo permita jamás- hubiese algún caso de contagio por reunión en la Iglesia, como, sin duda han podido ser otras reuniones de gentes que todos tenemos presentes que sí han sido causantes muy mucho de la extensión de la pandemia en España, digo pues, si hubiese el más mínimo caso de propagación por causa o negligencia en la Iglesia o de la Iglesia, en seguida no faltarían corifeos propagandísticos que nos echasen despiadadamente a nosotros las culpas, como Nerón culpó a los cristianos de los incendios por él provocados en Roma, y desató las iras de los ciudadanos de Roma y se lanzaron en persecución terrible y cruel de los cristianos, de todos, fuesen los que fuese y lo que fuesen. Aunque no somos del mundo, estamos en el mundo

y hemos de ayudar en lo que es justo y en el bien común, hemos de ayudar a los Gobiernos ya los representantes de la autoridad y rezar por ellos, como nos pide el apóstol Pedro. Y no hagáis caso de campañas orquestadas, que probablemente aunque puede haber otras intenciones, están a través de las redes sociales enviando mensajes de alguna manera recriminatorios o reivindicativos frente a la jerarquía de la Iglesia que en lugar de abrir caminos, los cierran. La prudencia es muy necesaria en estos momentos.

No se me puede pasar por alto y dejar en el olvido que vamos a entrar en el mes de mayo, Mes de María, mes en que celebraremos la fiesta de nuestra Señora de los Desamparados, aunque de manera distinta a años anteriores o a otros años, mes en que conmemoraremos las apariciones de la Santísima Virgen de Fátima, que tantas bendiciones y enseñanzas ha traído para la Iglesia y el mundo entero, mes de las flores a María, que es nuestra esperanza y nuestra Madre del Cielo que nos ama. Os voy a pedir una cosa: **QUE EL DÍA PRIMERO DE MAYO A LAS SIETE DE LA TARDE EN TODAS LAS CASAS RECEMOS EL SANTO ROSARIO Y ASÍ SE ELEVARÁ UN CLAMOR HASTA EL CIELO QUE LLEGUE A NUESTRA MADRE, LA VIRGEN MARÍA, POR LA LIBERACIÓN UNIVERSAL Y FINAL DE LA PANDEMIA DEL COVID-19.**

Ya sabéis, que no se os olvide: el día 1 de mayo, en el comienzo del mes de María, a las siete de la tarde, en todas las casas, rezaremos juntos el santo Rosario; aunque estéis solos: rezadlo, los demás cristianos os acompañamos.

Y acabo, exhortándoos a permanecer firmes en la caridad, constantes en la oración, asiduos en la escucha de la Palabra de Dios, fieles a las enseñanzas de la Iglesia, incansables en la búsqueda y afirmación de Dios como Dios, el sólo y único necesario, y en el

anuncio y testimonio del Evangelio, con una vida nueva y un estilo o modo nuevo de vivir conforme a este evangelio, conservando la unidad con el vínculo de la paz, que nos da cristo y brota del amor, acompañado de la fe en sus obras y de la esperanza.

Con mi bendición, mi oración y mi amor estén con todos vosotros. Rezad por el Papa y por mí, pedid por el cese de la pandemia. Vuestro Obispo, pastor, padre y hermano.

† Antonio Cañizares Llovera
Arzobispo de Valencia

DECRETOS

I

DECRETO DEL SR. ARZOBISPO

INSTITUCIÓN DEL SERVICIO DE ACOMPAÑAMIENTO Y MEDIACIÓN
INTRAJUDICIAL CANÓNICA EN LA ARCHIDIÓCESIS DE VALENCIA



ANTONIO
DEL TÍTULO DE SAN PANCRACIO
CARDENAL CAÑIZARES LLOVERA
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA
ARZOBISPO METROPOLITANO DE VALENCIA

En ejercicio de la potestad ordinaria, propia e inmediata que me reconoce el canon 381 §1 del Código de Derecho Canónico,

En cumplimiento de la obligación pastoral que, como pastor de la Archidiócesis de Valencia, me encomienda el canon 383 §1 del Código de Derecho Canónico,

Habiendo escuchado las necesidades de los fieles y observando la experiencia adquirida durante los pasados años en el Tribunal

Eclesiástico,

Teniendo en cuenta la obligación grave que los cánones 1446 §1 y 1675 del Código de Derecho Canónico imponen al juez antes de aceptar una causa o durante su conocimiento,

En comunión con lo dispuesto por el Romano Pontífice en su Carta Apostólica en forma de «*motu proprio*» *Mitis iudex Dominus Iesus*, sobre la reforma del proceso canónico para las causas de declaración de nulidad del matrimonio en el código de derecho canónico, de 15 de agosto de 2015, así como en las Reglas de procedimiento que le acompañan,

DECRETO

PRIMERO.- Instituyo el Servicio de Acompañamiento y Mediación Intrajudicial Canónica en la Archidiócesis de Valencia.

SEGUNDO.- Establezco que este Servicio se regulará conforme al Reglamento que se publica como anexo a este Decreto, así como a las normas que en el futuro puedan aprobarse.

Dado en Valencia, a veintiocho de febrero de dos mil veinte.

† Antonio, Cardenal Cañizares Llovera
Arzobispo de Valencia

Por mandato de S.E.R.
José Francisco Castelló Colomer
Canciller-Secretario

ANEXO

**REGLAMENTO DEL SERVICIO DE
ACOMPAÑAMIENTO Y MEDIACIÓN INTRAJUDICIAL
CANÓNICA****PREÁMBULO**

La Iglesia, cuando se encuentra con realidades de parejas heridas, antes que nada llora y sufre con ellas; se acerca con el aceite del consuelo, para calmar y sanar; quiere cargar sobre sí misma el dolor que encuentra. Y si, luego, se esfuerza por ser imparcial y objetiva en la búsqueda de la verdad de un matrimonio roto, la Iglesia nunca es ajena, ni humana ni espiritualmente, a los que sufren. Nunca llega a ser impersonal o fría ante estas historias de vidas tristes y turbulentas. Por eso, incluso en sus procedimientos canónicos y jurisprudenciales, la Iglesia busca siempre y sólo el bien de las personas heridas, busca la verdad de su amor; (*Discurso del Papa en el curso de la Rota, noviembre 2019*).

En la Archidiócesis de Valencia la atención pastoral a las familias ha sido una constante preocupación de mis antecesores. En los últimos años, y en plena comunión con el espíritu contenido en los textos magisteriales del Papa Francisco y las normas canónicas con las que ha modificado las causas matrimoniales, el Tribunal Eclesiástico ha incorporado en su actividad ordinaria una solicitud especial por acompañar a los cónyuges que se encuentran incursos en un proceso de nulidad matrimonial, así como a sus familias, de todo orden (técnico, canónico, moral, psicológico o médico). La experiencia acumulada durante los años pasados en la Archidiócesis de Valencia, aconseja transformar estas indicaciones en un au-

téntico Servicio, dotándolo de una normativa jurídica que garantice su funcionamiento.

La comunicación de experiencias entre este nuevo Servicio con los órganos y demás estructuras diocesanas dedicadas a la pastoral familiar será necesaria, siendo plenamente conscientes de que, como dijo San Juan Pablo II —a cuya oración nos encomendamos—, «*¡El futuro de la humanidad se fragua en la familia!*».

Artículo 1. Constitución, objetivos y régimen jurídico

1. Queda constituido el Servicio de Acompañamiento y Mediación Intrajudicial Canónica en el Tribunal Eclesiástico de la Archidiócesis de Valencia, con las funciones y órganos que aquí se establecen.

2. Los objetivos de este Servicio son el acompañamiento y la mediación de aquellas personas sometidas a la Justicia de la Iglesia para que, en tales circunstancias, sea posible la reconciliación, el acompañamiento para una nulidad pacífica y el acompañamiento familiar. Esto supone ofrecer a los fieles necesitados un especial cuidado pastoral tras el fracaso de su matrimonio, otorgándoles una ayuda desde el acompañamiento y mediación para poder atenderles en sus momentos de crisis o situaciones de dolor en las diferentes fases del proceso de nulidad matrimonial canónica.

3. El régimen jurídico aplicable a este Servicio, además de lo previsto en el presente Decreto, será el establecido en los cánones 383, 1446, 1675, 1695 y 1733 del Código de Derecho Canónico, el artículo 65 de la Instrucción *Dignitas Connubii*, y las Reglas de procedimiento del M.P. *Mitis Iudex Dominus Iesus*.

Artículo 2. Funciones del SAMIC

Son funciones del Servicio las siguientes:

- a) Dar una respuesta pastoral a aquellas situaciones en las que los fieles, inmersos en un proceso de nulidad matrimonial, necesiten un acompañamiento o mediación complementaria, más allá de lo estrictamente judicial.
- b) Ayudar espiritualmente a los fieles que, con ocasión de esos procesos, se encuentren en la necesidad moral de conciliar su fe con su situación personal y familiar.
- c) Ofrecer todo tipo de información acerca de lo que es la nulidad matrimonial canónica, en qué consiste el procedimiento judicial y qué implican sus efectos.
- d) Ayudar profesionalmente, no solo a los cónyuges, sino también a los hijos y demás familiares que puedan verse afectados emocional o jurídicamente por el proceso de nulidad.

Artículo 3. Relaciones con el Tribunal Eclesiástico

El SAMIC ofrecerá ayuda profesional al Tribunal Eclesiástico en los casos de mediación y acompañamiento que le sean derivados por éste.

Respetará los beneficios de pobreza y/o reducción de costas decretados por el Tribunal a los fieles a los que se les haya reconocido.

El SAMIC respetará la independencia judicial y el desarrollo del proceso canónico.

Artículo 4. Organización

1. Los oficios que integran el SAMIC son:

- el Director del Servicio
- la Secretaría General
- la Gerencia

2. Además de estos oficios, el Servicio podrá contar con la colaboración de cuantos profesionales o personal auxiliar sean necesarios para el cumplimiento de sus fines. A tal efecto, suscribirá los correspondientes convenios o contratos establecidos en la normativa colegial o laboral española.

3. La sede del Servicio será la del Tribunal Eclesiástico de la Archidiócesis de Valencia, con la que se puede contactar presencialmente, por teléfono o correo electrónico.

Artículo 5. La dirección del Servicio

1. La dirección del Servicio de Acompañamiento y Mediación Intrajudicial Canónica corresponde al Vicario judicial de la Archidiócesis de Valencia.

2. Sus funciones serán:

- a) La coordinación del Servicio, la divulgación de sus actividades y el mantenimiento de las relaciones institucionales correspondientes.
- b) La elaboración de planes de formación para los profesionales colaboradores del Servicio.
- c) La designación de los profesionales que van a intervenir en los casos de acompañamiento, asesoramiento o mediación,

y fijar sus honorarios conforme a la normativa canónica.

- d) Recibir la detección del caso de acompañamiento y/o mediación y designar el/ los profesional/les concretos que han de intervenir, comunicándolo a la Secretaría General.
- e) La rendición de cuentas anuales al Arzobispo de las actividades realizadas y de su economía.

3. El cese en la dirección del Servicio vendrá motivado por el cese en el oficio de Vicario Judicial.

Artículo 6. La secretaría general del Servicio

1. La Secretaría general es el oficio encargado de la gestión ordinaria del Servicio y su titular será nombrado por el Arzobispo, a propuesta del Director del SAMIC.

2. Serán sus funciones:

- a) Atender a los usuarios del Servicio;
- b) Coordinar el seguimiento de los casos abiertos;
- c) Ofrecer la primera información detallada del Servicio a los interesados;
- d) Coordinar la red de detección de situaciones en las que el SAMIC puede ofrecer sus servicios;
- e) Elaborar los informes personalizados de los usuarios;
- f) Levantar y custodiar las actas;
- g) Cualesquiera otras que le asigne el Director.

3. Su cese se producirá, a petición del Director del SAMIC, mediante acto del Arzobispo.

Artículo 7. La Gerencia del Servicio

1. La Gerencia es el oficio encargado de los servicios informáticos, y económicos que se requieren en las actividades propias del SAMIC, y su titular será nombrado por el Arzobispo, a propuesta del Director.

2. Serán sus funciones:

- a) Ofrecer ayuda técnica a todos los integrantes del servicio;
- b) Coordinar la gestión de la contabilidad ordinaria;
- c) Realizar los presupuestos de gastos e ingresos;
- d) Rendir cuentas al Director;
- e) Controlar el cumplimiento de la normativa sobre tratamiento de datos;
- f) Cualesquiera otras que le asigne el Director.

3. Su cese se producirá, a petición del Director del SAMIC, mediante acto del Arzobispo.

Artículo 8. Los colaboradores del Servicio

1. Los colaboradores del Servicio serán aquellos profesionales del ámbito jurídico, médico, psicológico o moral que, destacando por su buena fama y doctrina católica, tengan suficiente y acreditada pericia en su ámbito profesional. Su designación corresponde al Director del SAMIC.

2. Sus funciones son:

- a. Su función principal será la de realizar aquellas tareas de asesoramiento, acompañamiento o mediación que les indique el Director del SAMIC.

-
- b. Los sacerdotes colaboradores ayudarán a los usuarios del servicio, a lo largo de todo el proceso de acompañamiento, en el discernimiento moral de su situación y su reconciliación con la comunidad cristiana, atendiendo las dificultades o problemáticas de índole moral y espiritual provocadas por la ruptura matrimonial.
 - c. Los abogados colaboradores ayudarán a abordar las dificultades de tipo jurídico relacionadas especialmente con la alta conflictividad entre los cónyuges inmersos en un proceso canónico y las consecuencias sobre sus familias. Están llamados también a promover una nulidad pacífica para mejor esclarecimiento de la verdad.
 - d. Los psicólogos y psiquiatras colaboradores atenderán las dificultades o el malestar psicológico tanto a nivel emocional como relacional, de los cónyuges inmersos en el proceso de nulidad, como de sus hijos o familiares.
 - e. Los mediadores colaboradores atenderán a las familias en conflicto por falta de acuerdo en cuestiones esenciales de la crianza de los hijos o por problemas de relación derivados de procedimientos judiciales civiles o el propio procedimiento de nulidad matrimonial canónica.
 - f. Será función de todos los colaboradores detectar aquellos supuestos en los que, previsiblemente un proceso de mediación podrá facilitar la situación personal y familiar de los usuarios. En este caso, el Director del SAMIC podrá designar al colaborador encargado de llevar a cabo esta función.
3. Los colaboradores del SAMIC tendrán los siguientes derechos y obligaciones:
- Elaboración de informes periódicos de seguimiento de los

casos atendidos

- Formación permanente, de conformidad con los planes de formación establecidos por el Director del Servicio
- Obligación de confidencialidad
- Cobro de los honorarios, de acuerdo con las indicaciones recibidas del Director del Servicio.

4. Su cese se producirá por decisión del Director.

Artículo 9. Formación del personal

Para la formación permanente, el desarrollo y el progreso del personal, así como para la difusión y mejora de las técnicas y acciones de ayuda, el Servicio de Acompañamiento y Mediación (SAMIC) elaborará programas propios y proyectos formativos.

Artículo 10. La financiación económica del Servicio

Corresponde a la Archidiócesis de Valencia el sostenimiento y control económico de las actividades organizadas. A tal fin, la Gerencia se coordinará con los oficios económicos y financieros diocesanos.

Artículo 11. La participación del Servicio en la Pastoral familiar de la Archidiócesis de Valencia

El SAMIC participará en la Pastoral familiar de la Archidiócesis de Valencia, y a tal fin coordinará sus actividades con las de los demás órganos e instituciones que se encuentran implicados en la atención de las familias en crisis.

Artículo 12. Protección de datos

Todos los oficios y colaboradores del SAMIC se encuentran vinculados por las normas canónicas y españolas reguladoras del tratamiento de datos de carácter personal.

Dado en Valencia, a veintiocho de febrero de dos mil veinte.

† Antonio, Cardenal Cañizares Llovera
Arzobispo de Valencia

Por mandato de S.E.R.
José Francisco Castelló Colomer
Canciller-Secretario

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

I

NOMBRAMIENTOS ECLESIAÍSTICOS

MORA RODRÍGUEZ, Rvdo. D. Francisco. Es nombrado *Administrador Parroquial* de la parroquia *San Miguel Arcángel*, de *Burjassot*, en fecha 21 de abril de 2020.

ROS BARRES, Rvdo. D. Pascual. Es nombrado *Administrador Parroquial* de la parroquia *Santo Ángel Custodio*, de *Valencia*, en fecha 21 de abril de 2020.

II

DEFUNCIONES

El Rvdo. D. José Bellvís Cerdá falleció el 2 de abril de 2020.

El Rvdo. D. Javier Abad Chismol falleció el 16 de abril de 2020.

El Rvdo. D. José Blasco Aguilar falleció el 17 de abril de 2020.

El Rvdo. D. Enrique Gómez Royo falleció el 18 de abril de 2020.

El Rvdo. D. Miguel Lluch Cerezo falleció el 21 de abril de 2020.

VICARÍA JUDICIAL**TURNO Nº 4**

KELLY MARTÍN NEGRILLO, NOTARIO-ACTUARIO DE LA CURIA DE JUSTICIA DEL ARZOBISPADO DE VALENCIA, CON EL VISTO BUENO DEL VICARIO JUDICIAL ADJUNTO ILMO. RVDO. D. VICENTE J. GONZÁLEZ MARTÍNEZ,

DOY FE Y TESTIMONIO de las sentencias de nulidad de matrimonio confirmadas en grado de apelación, mediante decreto o nueva sentencia, que son firmes y ejecutorias en Derecho,

Causa Nº 71/15 N - N. El matrimonio se había celebrado en la Parroquia Santo Tomás Apóstol y San Felipe Neri, de la Archidiócesis de Valencia, el día 18 de noviembre de 2000. Con fecha 07 de diciembre de 2016 fue dictada sentencia definitiva declaratoria de la nulidad de matrimonio, por el Tribunal Eclesiástico de Valencia y ratificada por Decreto de la Rota de la Nunciatura Apostólica de Madrid el día 27 de enero de 2020, con cláusula prohibitiva.

Valencia, 16 de marzo de 2020.

Vº Bº
EL JUEZ ECLESIASTICO
Vicente J. González Martínez

LA NOTARIO-ACTUARIO
Kelly Martín Negrillo

SANTA SEDE



SANTO PADRE

HOMILÍAS

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

SANTA MISA IN COENA DOMINI

Basílica de San Pedro
Jueves Santo, 9 de abril de 2020

«*La Eucaristía, el servicio, la unción*»

La realidad que vivimos hoy en esta celebración: el Señor que quiere permanecer con nosotros en la *Eucaristía*. Y nosotros nos convertimos siempre en sagrarios del Señor; llevamos al Señor con nosotros, hasta el punto de que Él mismo nos dice que si no comemos su cuerpo y bebemos su sangre, no entraremos en el Reino de los Cielos. Este es el misterio del pan y del vino, del Señor con nosotros, en nosotros, dentro de nosotros.

El servicio. Ese gesto que es una condición para entrar en el Reino de los Cielos. Servir, sí, a todos. Pero el Señor, en aquel intercambio de palabras que tuvo con Pedro (cf. *Jn* 13,6-9), le hizo comprender que para entrar en el Reino de los Cielos debemos dejar que el Señor nos sirva, que el Siervo de Dios sea siervo de nosotros. Y esto es difícil de entender. Si no dejo que el Señor sea mi siervo, que el Señor me lave, me haga crecer, me perdone, no entraré en el Reino de los Cielos.

Y el *sacerdocio*. Hoy quisiera estar cerca de los sacerdotes, de todos los sacerdotes, desde el recién ordenado hasta el Papa. Todos somos sacerdotes: los obispos, todos... Somos *ungidos*, ungidos por el Señor; ungidos para celebrar la Eucaristía, ungidos para servir.

Hoy no hemos tenido la Misa Crismal —espero que podamos tenerla antes de Pentecostés, de lo contrario tendremos que posponerla hasta el año que viene—, sin embargo, no puedo dejar pasar esta Misa sin recordar a los sacerdotes. Sacerdotes que ofrecen su vida por el Señor, sacerdotes que son servidores. En estos días, más de sesenta han muerto aquí, en Italia, atendiendo a los enfermos en los hospitales, juntamente con médicos, enfermeros, enfermeras... Son “los santos de la puerta de al lado”, sacerdotes que dieron su vida sirviendo. Y pienso en los que están lejos. Hoy recibí una carta de un sacerdote franciscano, capellán de una prisión lejana, que cuenta cómo vive esta Semana Santa con los prisioneros. Sacerdotes que van lejos para llevar el Evangelio y morir allí. Un obispo me dijo que lo primero que hacía cuando llegaba a un lugar de misión, era ir al cementerio, a la tumba de los sacerdotes que murieron allí, jóvenes, por la peste y enfermedades de aquel lugar: no estaban preparados, no tenían los anticuerpos. Nadie sabe sus nombres: sacerdotes anónimos. Los curas de los pueblos, que son párrocos en cuatro, cinco, siete pueblos de montaña; van de uno a otro, y conocen a la gente... Una vez, uno de ellos me dijo que sabía el nombre de todas las personas de los pueblos. “¿En serio?”, le dije. Y él me dijo: “¡Y también el nombre de los perros!”. Conocen a todos. La cercanía sacerdotal. Sacerdotes buenos, sacerdotes valientes.

Hoy os llevo en mi corazón y os llevo al altar. Sacerdotes calumniados. Muchas veces sucede hoy, que no pueden salir a la calle porque les dicen cosas feas, con motivo del drama que hemos vivido con el descubrimiento de las malas acciones de sacerdotes. Algunos me dijeron que no podían salir de la casa con el *clergy-*

man porque los insultaban; y ellos seguían. Sacerdotes pecadores, que junto con los obispos y el Papa pecador no se olvidan de pedir perdón y aprenden a perdonar, porque saben que necesitan pedir perdón y perdonar. Todos somos pecadores. Sacerdotes que sufren crisis, que no saben qué hacer, se encuentran en la oscuridad...

Hoy todos vosotros, hermanos sacerdotes, estáis conmigo en el altar, vosotros, consagrados. Sólo os digo esto: no sed tercos como Pedro. Dejaos lavar los pies. El Señor es vuestro siervo, está cerca de vosotros para fortaleceros, para lavaros los pies.

Y así, con esta conciencia de la necesidad de ser lavado, ¡sed grandes perdonadores! ¡Perdonad! Corazón de gran generosidad en el perdón. Es la medida con la que seremos medidos. Como has perdonado, serás perdonado: la misma medida. No tened miedo de perdonar. A veces hay dudas... Mirad a Cristo, mirad al Crucificado. Allí está el perdón para todos. Sed valientes, incluso arriesgando en el perdón para consolar. Y si no podéis dar el perdón sacramental en ese momento, al menos dad el consuelo de un hermano que acompaña y deja la puerta abierta para que [esa persona] regrese.

Doy gracias a Dios por la gracia del sacerdocio, todos nosotros agradecemos. Doy gracias a Dios por vosotros, sacerdotes. ¡Jesús os ama! Sólo os pide que os dejéis lavar los pies.

MENSAJES

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO

MENSAJE URBI ET ORBI PASCUA 2020

Basílica Vaticana
(Domingo 12 de abril de 2020)

Queridos hermanos y hermanas:

¡Feliz Pascua!

Hoy resuena en todo el mundo el anuncio de la Iglesia: “¡Jesucristo ha resucitado! ¡Verdaderamente ha resucitado!”.

Esta Buena Noticia se ha encendido como una llama nueva en la noche, en la noche de un mundo que enfrentaba ya desafíos cruciales y que ahora se encuentra abrumado por la pandemia, que somete a nuestra gran familia humana a una dura prueba. En esta noche resuena la voz de la Iglesia: «¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza!» (Secuencia pascual).

Es otro “contagio”, que se transmite de corazón a corazón, porque todo corazón humano espera esta Buena Noticia. Es el contagio de la esperanza: «¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza!». No se trata de una fórmula mágica que hace desaparecer los problemas. No, no es eso la resurrección de Cristo, sino la victoria del amor sobre la raíz del mal, una victoria que no “pasa por encima” del sufrimiento y la muerte, sino que los traspasa, abriendo un camino en el abismo, transformando el mal en bien, signo distintivo del poder de Dios.

El Resucitado no es otro que el Crucificado. Lleva en su cuerpo glorioso las llagas indelebles, heridas que se convierten en lumbres de esperanza. A Él dirigimos nuestra mirada para que sane las heridas de la humanidad desolada.

Hoy pienso sobre todo en los que han sido afectados directamente por el coronavirus: los enfermos, los que han fallecido y las familias que lloran por la muerte de sus seres queridos, y que en algunos casos ni siquiera han podido darles el último adiós. Que el Señor de la vida acoja consigo en su reino a los difuntos, y dé consuelo y esperanza a quienes aún están atravesando la prueba, especialmente a los ancianos y a las personas que están solas. Que conceda su consolación y las gracias necesarias a quienes se encuentran en condiciones de particular vulnerabilidad, como también a quienes trabajan en los centros de salud, o viven en los cuarteles y en las cárceles. Para muchos es una Pascua de soledad, vivida en medio de los numerosos lutos y dificultades que está provocando la pandemia, desde los sufrimientos físicos hasta los problemas económicos.

Esta enfermedad no sólo nos está privando de los afectos, sino también de la posibilidad de recurrir en persona al consuelo que brota de los sacramentos, especialmente de la Eucaristía y la Reconciliación. En muchos países no ha sido posible acercarse a ellos, pero el Señor no nos dejó solos. Permaneciendo unidos en la oración, estamos seguros de que Él nos cubre con su mano (cf. *Sal* 138,5), repitiéndonos con fuerza: No temas, «he resucitado y aún estoy contigo» (Antífona de ingreso de la Misa del día de Pascua, *Misal Romano*).

Que Jesús, nuestra Pascua, conceda fortaleza y esperanza a los médicos y a los enfermeros, que en todas partes ofrecen un testimonio de cuidado y amor al prójimo hasta la extenuación de sus

fuerzas y, no pocas veces, hasta el sacrificio de su propia salud. A ellos, como también a quienes trabajan asiduamente para garantizar los servicios esenciales necesarios para la convivencia civil, a las fuerzas del orden y a los militares, que en muchos países han contribuido a mitigar las dificultades y sufrimientos de la población, se dirige nuestro recuerdo afectuoso y nuestra gratitud.

En estas semanas, la vida de millones de personas cambió repentinamente. Para muchos, permanecer en casa ha sido una ocasión para reflexionar, para detener el frenético ritmo de vida, para estar con los seres queridos y disfrutar de su compañía. Pero también es para muchos un tiempo de preocupación por el futuro que se presenta incierto, por el trabajo que corre el riesgo de perderse y por las demás consecuencias que la crisis actual trae consigo. Animo a quienes tienen responsabilidades políticas a trabajar activamente en favor del bien común de los ciudadanos, proporcionando los medios e instrumentos necesarios para permitir que todos puedan tener una vida digna y favorecer, cuando las circunstancias lo permitan, la reanudación de las habituales actividades cotidianas.

Este no es el tiempo de la indiferencia, porque el mundo entero está sufriendo y tiene que estar unido para afrontar la pandemia. Que Jesús resucitado conceda esperanza a todos los pobres, a quienes viven en las periferias, a los prófugos y a los que no tienen un hogar. Que estos hermanos y hermanas más débiles, que habitan en las ciudades y periferias de cada rincón del mundo, no se sientan solos. Procuremos que no les falten los bienes de primera necesidad, más difíciles de conseguir ahora cuando muchos negocios están cerrados, como tampoco los medicamentos y, sobre todo, la posibilidad de una adecuada asistencia sanitaria. Considerando las circunstancias, se relajen además las sanciones internacionales de los países afectados, que les impiden ofrecer a los propios ciudadanos una ayuda adecuada, y se afronten —por parte de todos los Paí-

ses— las grandes necesidades del momento, reduciendo, o incluso condonando, la deuda que pesa en los presupuestos de aquellos más pobres.

Este no es el tiempo del egoísmo, porque el desafío que enfrentamos nos une a todos y no hace acepción de personas. Entre las numerosas zonas afectadas por el coronavirus, pienso especialmente en Europa. Después de la Segunda Guerra Mundial, este continente pudo resurgir gracias a un auténtico espíritu de solidaridad que le permitió superar las rivalidades del pasado. Es muy urgente, sobre todo en las circunstancias actuales, que esas rivalidades no recobren fuerza, sino que todos se reconozcan parte de una única familia y se sostengan mutuamente. Hoy, la Unión Europea se encuentra frente a un desafío histórico, del que dependerá no sólo su futuro, sino el del mundo entero. Que no pierda la ocasión para demostrar, una vez más, la solidaridad, incluso recurriendo a soluciones innovadoras. Es la única alternativa al egoísmo de los intereses particulares y a la tentación de volver al pasado, con el riesgo de poner a dura prueba la convivencia pacífica y el desarrollo de las próximas generaciones.

Este no es tiempo de la división. Que Cristo, nuestra paz, ilumine a quienes tienen responsabilidades en los conflictos, para que tengan la valentía de adherir al llamamiento por un alto el fuego global e inmediato en todos los rincones del mundo. No es este el momento para seguir fabricando y vendiendo armas, gastando elevadas sumas de dinero que podrían usarse para cuidar personas y salvar vidas. Que sea en cambio el tiempo para poner fin a la larga guerra que ha ensangrentado a la amada Siria, al conflicto en Yemen y a las tensiones en Irak, como también en el Líbano. Que este sea el tiempo en el que los israelíes y los palestinos reanuden el diálogo, y que encuentren una solución estable y duradera que les permita a ambos vivir en paz. Que acaben los sufrimientos de

la población que vive en las regiones orientales de Ucrania. Que se terminen los ataques terroristas perpetrados contra tantas personas inocentes en varios países de África.

Este no es tiempo del olvido. Que la crisis que estamos afrontando no nos haga dejar de lado a tantas otras situaciones de emergencia que llevan consigo el sufrimiento de muchas personas. Que el Señor de la vida se muestre cercano a las poblaciones de Asia y África que están atravesando graves crisis humanitarias, como en la Región de Cabo Delgado, en el norte de Mozambique. Que reconforte el corazón de tantas personas refugiadas y desplazadas a causa de guerras, sequías y carestías. Que proteja a los numerosos migrantes y refugiados —muchos de ellos son niños—, que viven en condiciones insoportables, especialmente en Libia y en la frontera entre Grecia y Turquía. Y no quiero olvidar la isla de Lesbos. Que permita alcanzar soluciones prácticas e inmediatas en Venezuela, orientadas a facilitar la ayuda internacional a la población que sufre a causa de la grave coyuntura política, socioeconómica y sanitaria.

Queridos hermanos y hermanas:

Las palabras que realmente queremos escuchar en este tiempo no son indiferencia, egoísmo, división y olvido. ¡Queremos suprimirlas para siempre! Esas palabras pareciera que prevalecen cuando en nosotros triunfa el miedo y la muerte; es decir, cuando no dejamos que sea el Señor Jesús quien triunfe en nuestro corazón y en nuestra vida. Que Él, que ya venció la muerte abriéndonos el camino de la salvación eterna, disipe las tinieblas de nuestra pobre humanidad y nos introduzca en su día glorioso que no conoce ocaso.

Con estas reflexiones, os deseo a todos una feliz Pascua.

INFORMACIÓN

ACTIVIDAD PASTORAL

SEÑOR CARDENAL ARZOBISPO DON ANTONIO CAÑIZARES LLOVERA

ABRIL

Domingo 5.- Presidió en la Catedral la celebración de la solemne misa del Domingo de Ramos, concelebrada por el Cabildo Metropolitano de la Seo, a puerta cerrada y sin asistencia del pueblo según las disposiciones establecidas. Fue retransmitida en directo a través del canal Youtube de la Catedral.

Lunes 6.- Por la mañana se reunió con la Permanente del Consejo Episcopal ya que, debido al estado de alarma, los vicarios episcopales no pueden desplazarse a Valencia para las habituales reuniones de Consejo de Gobierno.

Miércoles 8.- Celebra la Misa Crismal y bendición de los óleos y el santo crisma en la Santa Iglesia Catedral.

Jueves 9.- Presidió en la Catedral la Misa de la Cena del Señor.

Viernes 10.- Presidió en la Catedral, los Oficios de la Pasión del Viernes Santo, retransmitidos en directo por La Ocho TV y que han incluido una plegaria por los enfermos y fallecidos por la pandemia del coronavirus, y por los profesionales sanitarios y los científicos que buscan una solución a la pandemia. Todo se realizó según las disposiciones, a puerta cerrada y sin fieles.

Sábado 11.- Presidió con el Cabildo de Catedral la celebración de la Vigilia Pascual.

Domingo 12.- Por la mañana presidió en la Catedral la Misa

del Domingo de Resurrección, a puerta cerrada por la normativa sanitaria del vigente estado de alarma. Felicitó la Pascua a todos los que siguen las celebraciones de estos días por los medios de comunicación social. Por la tarde presidió la Santa Misa en la Basílica de la Virgen de los Desamparados.

Jueves 16.- Por la mañana se reunió la Permanente del Consejo Episcopal en la Sala Benedicto XVI, para tratar asuntos de urgencia ya que en estos días no hay reuniones de Consejo de Gobierno al no poder asistir los Vicarios episcopales.

Domingo 19.- Por la mañana presidió con el Cabildo la Santa Misa de la fiesta de la Misericordia Divina en la Catedral. Por la tarde celebró la Santa Misa en la Basílica de la Virgen de los desamparados.

Lunes 20.- Presidió en la Catedral la Misa solemne con motivo de la fiesta de San Vicente Ferrer, patrón regional de la Comunidad Valenciana.

Martes 21.- Visitó la residencia sacerdotal San Luis Bertrán, de Valencia, para rezar un responso por el sacerdote valenciano Miguel Lluch Cerezo, fallecido esa misma mañana.

Domingo 26.- Presidió la santa Misa por la tarde en la Basílica de la Virgen de los Desamparados.

D. ARTURO PABLO ROS MURGADAS OBISPO AUXILIAR

ABRIL

Lunes 6.- Asiste a la reunión de la Comisión Permanente del Consejo Episcopal.

Martes 7.- Visita la Residencia Hogar de Menores “Mare de Deu dels Desemparats i dels Inocents” en Torrent.

Miércoles 8. - En la S. I. Catedral de Valencia concelebra en la Solemne Misa Crismal. - Se reúne, vía zoom, con el equipo de la Delegación Diocesana de Pastoral Familiar.

Jueves 9.- En la Capilla de la Sede del Movimiento Juniors M.D. preside la “Misa de la Cena del Señor” retransmitida por el canal de Youtube, Red Joven.

Viernes 10.- En la Capilla de la sede del Movimiento Juniors M.D. preside la celebración de la “Pasión del Señor” retransmitida por el canal del youtube, Red Joven.

Sábado 11.- En la Capilla de la sede del Movimiento Juniors M.D. preside la celebración de la Vigilia Pascual retransmitida por el canal de youtube, Red Joven.

Miércoles 15.- Se reúne, vía zoom, con el equipo de la Delegación Diocesana de Pastoral Familiar. -Por la tarde, en la Capilla de la sede del Movimiento Juniors, preside la celebración de la Eucaristía y la vigilia de oración “Jóvenes que dejan huella”, retransmitida por el canal youtube, Red Joven.

Viernes 17.- Visita la Residencia Hogar de Menores “Mare de Deu dels Desemparats i dels Inocents”, en Torrent.

Sábado 18.- Se reúne, vía zoom, con los Agentes de Pastoral Familiar, representantes de las Vicarías y Arciprestazgos de la Diócesis.

Domingo 19.- En la Capilla de la sede del Movimiento Juniors M.D. preside la celebración de la Eucaristía retransmitida por el canal youtube, Red Joven.

Lunes 20.- En la sede de Cáritas Diocesana se reúne con el

Consejo Asesor de la Residencia de Menores.

Martes 21.- Por la mañana se reúne, vía zoom, con los miembros de la Comisión Relatora del Sínodo Diocesano. - Por la tarde preside, vía zoom, preside la reunión del Consejo de Juventud de la Subcomisión Episcopal de Juventud e Infancia de la Conferencia Episcopal Española.

Miércoles 25.- Participa, vía zoom, en la reunión del Pleno Diocesano del Movimiento Juniors M.D.

Domingo 26.- En la Capilla de la sede del Movimiento Juniors M.D. preside la celebración de la Eucaristía, retransmitida por el canal youtube, Red Joven.

Lunes 27.- Visita la Residencia Hogar de Menores “Mare de Deu dels Desemparats i dels Inocents”, en Torrent.

Martes 28.- Se reúne, vía zoom, con el equipo de la Delegación Diocesana de Pastoral Familiar.

NECROLÓGICAS

Rvdo. D. José Bellvís Cerdá

El sacerdote valenciano José Bellvís Cerdá, vicesecretario para los Asuntos Jurídicos del Arzobispado, falleció la mañana del jueves 2 de abril de 2020, a los 63 años, tras una larga enfermedad.

Natural de Vallada, había recibido la ordenación sacerdotal en Valencia en 1981.

Sus primeros destinos pastorales fueron como vicario parroquial de San Nicolás en Requena y párroco de sus pedanías de Los Ruices y Los Isidros, así como encargado de la ermita de la Virgen de la Candelaria, en la aldea requenense de Los Cojos.

En 1985 marchó a Roma para ampliación de estudios de Derecho Canónico por la Universidad Gregoriana de Roma y en 1988 fue nombrado en Valencia vicario parroquial de San Pascual Bailón y Defensor del Vínculo, en los Tribunales Eclesiásticos.

Desempeñó el cargo de Vicario Judicial Adjunto de 1990 a 2000 y fue también delegado diocesano para las Causas de los Santos de 1991 a 1997.

Finalmente, desde 2001, era vicesecretario para los Asuntos Jurídicos del Arzobispado.

Los restos mortales de José Bellvís fueron inhumados en el cementerio de Vallada, donde descansan los de sus padres. Dadas las circunstancias especiales por el estado de alarma a causa de la pandemia del Covid 19, la celebración de la misa funeral por su eterno descanso se comunicará oportunamente.

Rvdo. D. Javier Abad Chismol

El sacerdote valenciano Javier Abad Chismol, párroco desde hacía cuatro años de San Miguel Arcángel, en Burjassot, falleció repentinamente el jueves 16 de abril, a los 48 años de edad, mientras dormía en su domicilio.

Natural de Valencia, Javier Abad recibió la ordenación sacerdotal en la Catedral valentina en 2004 y su primer destino pastoral fue como párroco, hasta el año 2006, de la localidad valenciana de Sinarcas y de la pedanía de Cuevas de Utiel, ayudando también en verano en parroquias de Albal y Paiporta.

Tras ampliar sus estudios en la Universidad Pontificia de Comillas fue vicario parroquial de San Esteban Protomártir de Valencia de 2006 a 2007.

Posteriormente fue párroco de San Juan de Ribera, en Burjassot, donde permaneció ocho años, de 2007 a 2015, y titular desde 2015 a 2016 de las parroquias Espíritu Santo y San Lorenzo Mártir, en Alberic. En 2016 fue nombrado párroco de San Miguel Arcángel, en Burjassot, cargo que desempeñaba en la actualidad.

Dadas las circunstancias actuales, por el estado de alarma a causa de la pandemia del Covid 19, la celebración de la misa funeral por su eterno descanso se comunicará oportunamente.

Rvdo. D. José Blasco Aguilar

El sacerdote valenciano José Blasco Aguilar falleció en la noche del viernes 17 de abril, a los 91 años, en la residencia sacerdotal Betania, de Quart de Poblet, tras una larga enfermedad.

Blasco, canónigo prefecto emérito de Música Sacra de la cate-

dral de Segorbe, doctor en Derecho Canónico y diplomado en canto gregoriano, será enterrado el próximo domingo en el cementerio de su localidad natal, Casas Bajas, en la comarca del Rincón de Ademuz.

Dadas las circunstancias actuales, por el estado de alarma a causa de la pandemia del Covid 19, la celebración de la misa funeral por su eterno descanso se comunicará oportunamente.

José Blasco ganó con 23 años por oposición la plaza de organista de la Catedral de Segorbe y se diplomó en la Escuela Superior de Música del Instituto católico de París.

En Segorbe fue profesor del Seminario, fundador y director de la Schola Cantorum, rector de la Iglesia de Santa Ana y consiliario diocesano en el Congreso Nacional de Música.

Autor del libro “Historia y Derecho en la catedral de Segorbe”, entre otras obras publicó un libro sobre “Salmos responsoriales Populares” que agotó rápidamente sus primeras ediciones, y del que también se hizo una edición digital.

En 2018 , José Blasco y su hermano Jesús, también sacerdote, donaron el nuevo órgano de la iglesia del Salvador, en la localidad de Casas Bajas, a la que años atrás hicieron también donación del retablo Mayor, en sustitución del que había de pintura. El órgano fue bendecido en el concierto inaugural por el cardenal arzobispo de Valencia, Antonio Cañizares.

Rvdo. D. Enrique Gómez Royo

El sacerdote valenciano Enrique Gómez Royo, que fue párroco en las localidades de Calles y Domeño durante doce años y, posteriormente, desde 1995, catedrático de Derecho Romano en la facul-

tad de Derecho de la Universidad de Valencia y sindic de Greuges de la misma Universidad, falleció el sábado 18 de abril, a los 79 años de edad.

Natural de la localidad de Tavernes Blanques, Enrique Gómez Royo recibió la ordenación sacerdotal en 1968 en Valencia. Su primer destino pastoral, aquel mismo año, fue como párroco en las localidades valencianas de Calles y Domeño, en las que permaneció hasta 1970.

Desde 1984 estaba adscrito a la parroquia Santísima Trinidad, de Tavernes Blanques.

También desde 1984 daba clases como profesor en la facultad de Derecho en la Universitat de Valencia.

Catedrático de Derecho Romano en 1995 por la misma Universitat de Valencia, de la que fue además Síndic de Greuges, Enrique Gómez Royo se especializó en el Derecho romano bizantino y fue autor de varios libros, entre otros “El mundo en las fuentes postclásicas bizantinas”, “Fraseología jurídica latina” o “Las Sedes históricas de la Cultura Jurídica Europea”. También fue coautor de varios manuales de casos prácticos de Derecho Romano.

Dadas las circunstancias actuales, por el estado de alarma a causa de la pandemia del Covid 19, la celebración de la misa funeral por su eterno descanso se comunicará oportunamente.

Rvdo. D. Miguel Lluch Cerezo

El sacerdote valenciano Miguel Lluch Cerezo, que fue durante 30 años titular de la parroquia Asunción de Nuestra Señora de Torrent, falleció en la mañana del martes 21 de abril de 2020, a los 89 años de edad, en la residencia sacerdotal de San Luis Bertrán, de

Valencia.

Natural de la localidad valenciana de Alboraiá, Lluch recibió la ordenación sacerdotal en Valencia en 1955 y su primer destino fue como párroco en Navalón, donde permaneció dos años.

En 1958 fue nombrado titular de la parroquia de San Fernando Rey, de Valencia, al frente de la cual estuvo hasta 1968 cuando marchó como misionero a Argentina.

Regresó en 1980 y fue designado ese mismo año párroco de la Asunción de Nuestra Señora, donde permaneció hasta su jubilación en 2010.

Miguel Lluch ha sido, además, responsable diocesano de Pastoral prematrimonial entre 1982 y 1985, y formó parte del Consejo Presbiteral, del Colegio de Consultores y de la Comisión Diocesana para el Clero.

Desde 2010 era director espiritual del Seminario Menor de Valencia.

Dadas las circunstancias actuales, por el estado de alarma a causa de la pandemia del Covid 19, la celebración de la misa funeral por su eterno descanso se comunicará oportunamente.

ÍNDICE

ARZOBISPADO

SR. ARZOBISPO:

Homilias:

I, Jueves Santo in coena Domini, 4-IV-2020, 329.

Cartas:

I, «Semana Santa de la pasión y del silencio», 1-IV-2020, 338;
II, «En esta hora crucial para España: ¡Orad por España!», 2-IV-2020, 342; III, «A las familias: lo mejor que tenemos», 8-IV-2020, 346; IV, «A los cofrades de Semana Santa de la Diócesis», 9-IV-2020, 349; V, «A toda la comunidad diocesana», 17-IV-2020, 354; VI, «A la comunidad diocesana», 28-IV-2020, 361.

Decretos:

I, Institución del Servicio de Acompañamiento y Mediación Intrajudicial Canónica en la Archidiócesis de Valencia, 28-II-2020, 375.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA:

I, Nombramientos eclesiásticos, 387; II, Defunciones, 387.

VICARÍA JUDICIAL:

Turno nº 4, 389.

SANTA SEDE

SANTO PADRE:

Homilías:

Santa Misa in coena Domini, 9-IV-2020, 393.

Mensajes:

Mensaje urbi et orbi Pascua 2020, 12-IV-2020, 396.

INFORMACIÓN

ACTIVIDAD PASTORAL:

Sr. Cardenal Arzobispo D. Antonio Cañizares Llovera, 403;
Obispo Auxiliar D. Arturo Pablo Ros Murgadas, 404.

NECROLÓGICAS:

Rvdo. D. José Bellvís Cerdá, 407.

Rvdo. D. Javier Abad Chismol, 408.

Rvdo. D. José Blasco Aguilar, 408.

Rvdo. D. Enrique Gómez Royo, 409.

Rvdo. D. Miguel Lluch Cerezo, 410.



PORTADA: Cartel del Sínodo Diocesano 2019-2020

EDITA: ARZOBISPADO DE VALENCIA